

Rafael Alcolea
Harold

Quando
ya te
habías ido

Romántica Suspense

ADELANTO

de la

NOVELA

A close-up, profile view of a woman with dark hair, looking down. She has a large, light-colored flower tucked into her hair. A man's hand is visible, resting on her shoulder. The background is a soft, out-of-focus landscape with a bright light source in the upper left corner.

Rafael Alcolea
Harold

Cuando ya
te Habías
ido

Copyright © 2014 Rafael Alcolea.

Edición de Abanico de Libros © 2014

Cuando ya te habías ido

Obra registrada en el Registro de la Propiedad
Intelectual de Málaga.

Registrada también en SAFE CREATIVE.



safe creative



1 409071 926971
INFO ABOUT RIGHTS



Todos los personajes y acontecimientos de este libro

son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc. sin el permiso previo del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Aquello que se esconde a nosotros y lo que está por venir, no es nada comparado con lo que hay en nuestro interior.

Me quedé desolada, desamparada, deshecha, desubicada, perdida, ida... no podía creer que Robert había muerto. No ahora. Después de tanta tristeza, penuria y soledad encerrada en mi jaula dorada.

Parecía que después de todos estos años comenzábamos a soportarnos, llegábamos a un entendimiento... Robert no había sido malo conmigo, solamente tuvo un fallo: no era el amor de mi vida, no era Javier.

Ahora esto. Esa maldita llamada desde

Londres.

Mi vida se hizo añicos de nuevo, antes de que pudiese percatarme de ello me la habían vuelto a destrozar.

¿Cuándo había perdido la buena fortuna?

Hacía ya tanto de aquello que me entristecí de solo recordarlo. Cualquiera que me viese pensaría que lo había superado, pero como suele decirse: la procesión iba por dentro.

—Buenos días, necesito comunicarme con la señora Sara Scott —requirió una urgente voz al otro lado del teléfono en inglés.

—Sí, dígame —respondí con mi perfecto acento inglés. Tras haber vivido algo menos que la mitad de mi vida en el Reino Unido, casi trece años, dominaba a la perfección la lengua de mi

marido.

—Le llamo del hospital St. Andrews, soy el médico de su esposo.

—Disculpe, no le entiendo —pregunté acelerada, pensé que había sufrido un accidente.

—Sí, verá, soy el doctor Johnson del hospital St. Andrews de la unidad de oncología... —realizó una pausa— vamos, el médico que ha estado tratando a Robert...

A este lado del teléfono se hizo el silencio. Esperaba ingenuamente que en cualquier momento otra voz gritase que era una broma macabra de mi marido. Pero esa voz no llegó.

—¿Señora sigue usted ahí...? Lamento enormemente comunicarle que su marido ha fallecido hace una hora.

Recuerdo que el teléfono resbaló de mi mano deslizándose de manera estrepitosa, chocando con el suelo marmóreo de color beige de la casa de verano y desportillándose por una esquina. A pesar del tremendo golpe, el aparato parecía seguir emitiendo algún sonido.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntaba el doctor a miles de kilómetros de distancia en su inglés cerrado de la zona de Manchester.

Estaba temblando. Sola, de nuevo sola, cuando todo parecía volver a encajar. Miré por el ventanal del salón que daba al jardín. Recuerdo a Carmen jugando despreocupada con su abuela. Después de tantos años sin hablarnos, había empezado a perdonar a mi madre. Carmen chapoteaba y saltaba en la recién estrenada piscina con la inocencia de quien no tiene que preocuparse por nada.

Apenas si llevábamos un mes en España. Volver a mi tierra después de tantos años añorándola había sido un sueño cumplido. Me había reencontrado con mi familia, con mis hermanas y sobrinos, mi madre, incluso empezaba a entablar amistad con las familias del barrio. Al menos sabía que durante dos meses al año, en aquella casa sería feliz. Lejos del ruido, las prisas y la contaminación de la city londinense. De nuevo en el acogedor lugar del que fui usurpada.

Robert era agente de bolsa y vivíamos en uno de los rascacielos más prominentes de la capital británica. Cuando nos mudamos allí, tuve la esperanza de que tal vez pudiera ver el liviano sol británico de vez en cuando. Sin embargo, ni siquiera a aquella altura podía sobrepasar la plumiza franja de nubes perennes de Londres que

vivían sobre el skyline londinense. Jamás contemplé, a pesar de buscarlo a diario, un sol tan brioso y picante como el de España, al menos esperé encontrar algún tímido y tamizado rayito que animara mi espíritu aquellos primeros días, pero nada, ni siquiera en la planta veinticinco podía contemplarse el sol en un Londres que, rodeado de tanta polución y días nublados, se convertía en un sempiterno paraíso de la humedad.

—Señora, disculpe... —recordé que el médico estaba al otro lado del teléfono. Me agaché sintiendo que la habitación se me venía encima, sentí una terrible opresión en el pecho. Iba a sufrir un ataque de ansiedad. De rodillas, apoyada en el sofá de microfibra que había comprado la semana anterior en Ikea. Alargué mi trémulo brazo y respondí.

—Diga...

—Lamento mucho darle esta terrible noticia. Verá, en el estado tan deplorable en que se encontraba su marido, con sus continuos y terribles dolores, era mejor así... Su situación era insostenible... Créame, era lo mejor que le podía pasar. Ya apenas le hacía efecto la morfina. Encima, la metástasis...

—¿Quiere usted decir que mi marido tenía cáncer? —pregunté perpleja.

¿Cómo era posible vivir tantos años con una persona a la que crees que conoces y que no te hubiese contado nada, cuando durante nuestro matrimonio se quejaba ante el más mínimo dolor de cabeza. Peor aún, ¿por qué? ¿Qué motivos le habían llevado a ocultar su enfermedad y a sufrirla en soledad? ¿Qué ocultaba Robert?

—Lo siento, no comprendo... ¿No sabía usted nada?

—No.—Repuse al borde de las lágrimas.

El médico se quedó en silencio mascando las palabras y eligiendo con cuidado lo que iba a decir.

—¿Está usted seguro que hablamos de mi marido?—objeté.

—No cabe duda, él mismo nos facilitó este número en España para llamarle, nos lo entregó al principio del tratamiento, aunque dio orden de usarlo en caso de emergencia o cuando ya hubiese fallecido...

—Necesito encontrar un vuelo —reaccioné, práctica, como siempre.

—No se preocupe, solo debe ir a la embajada

del Reino Unido en la ciudad española que se encuentre, ellos se encargarán de todo.

—De acuerdo. Empezaré a preparar la maleta, en cuanto termine me dirigiré hasta allí.

—Disculpe, no olvide venir con su hija.

—¿Perdón?

—Sí, los de Asuntos Sociales requieren la presencia de su hija antes de que se celebre el funeral. Comprenderá que en estas circunstancias, el régimen de acogida se verá sujeto a cambios sustanciales. Usted es ahora viuda, su marido era quien trabajaba y aportaba el dinero... el gobierno británico no puede darle un niño a usted en estas circunstancias... Pero no se preocupe, en la embajada británica se lo explicarán todo mucho mejor.

Le colgué estrepitosamente. No podía escuchar más. No soportaba la voz de aquel hombre, que sin ser culpable de nada, había desmoronado mi ya desolada vida. Ahora que empezaba a remontar el vuelo muy poco a poco... Quise hundirme en el suelo, ahogarme en el poco oxígeno que me ayudaba a continuar.

¿Y si salía corriendo, se solucionaría todo?

Recapitulé mentalmente mientras sentía las frescas baldosas en mi trasero, calando el frío del mármol en mis huesos. Robert había muerto y encima me iban a quitar a nuestra hija: Carmen. Miré por la ventana y deseé tirarme a la piscina, bucear hasta el fondo y permanecer allí hasta ahogarme. Desaparecer...

1.

No esperes a perder a alguien para decirle cuánto lo amas, díselo ahora que lo tienes cerca y nadie te lo impide, ni siquiera la odiosa prisa de nuestro día a día.

Metí en la maleta poco más que mi tristeza, mi dolor y la frustración de sentirme engañada por aquel que había sido mi marido durante casi trece años, desde que era prácticamente una chiquilla. Me sentí desnuda ante los demás, solo por el hecho de todos en Inglaterra sabían más de aquel asunto que yo misma.

No podía explicarme cómo había sido capaz de llevar semejante enfermedad él solo. Tal vez su

hermana sí había estado acompañándolo...

Estaba segura que no había sido por el dinero. La casa en España, y el piso de superlujo en Londres estaban pagados. La primera a mi nombre, y el segundo a nombre de los dos... Debía haber otro motivo, pero ¿cuál?

Con lágrimas en los ojos, me despedí de mi madre, que no hacía más que suspirar y sollozar. A estas alturas... *¿Se sentía culpable?* Tal vez los remordimientos... Ella ya había quedado viuda, también joven, ese fue el principio de nuestra desgracia. No quería revivir aquello de nuevo. Había que volver a Londres. Aunque parezca egoísta me quedaba el consuelo del dinero. No volvería a prostituir mi voluntad y mi vida como me obligaron a hacer en el pasado.

El taxi esperaba paciente en la puerta mientras

nos despedíamos, miré la vivienda contigua esperanzada con ver a alguien, pero no salió nadie a consolarme. Carmen, disgustada, tiraba de su pequeña maletita, resignada a otro viaje más. En su corta vida había pasado de orfanato en orfanato y de una casa de acogida a otra sin parar. Por fin parecía que nosotros seríamos sus padres definitivos, pero no, tras esperar varios años de suplicios burocráticos y emocionales, ahora, querían quitármela. Estaba claro que lucharía por ella, era lo único verdadero que me quedaba en la vida. No podía contar con el respaldo de mi marido, el apoyo de mi familia, el cariño de mi madre, ni tampoco con el amor de mi primer y único amor... Ahora ya no tenía nada, sutilmente me habían despojado de todas y cada una de las capas de mi efímera felicidad, hasta dejarme

desnuda, desprotegida ante la maldita desdicha, la cual parecía haberme cogido cariño.

Les rogué a los demás miembros de la familia que continuasen disfrutando de las vacaciones, podían hacer uso de la casa cuando quisiesen. Había comida para casi un mes. Nuestra despensa estaba abastecida para Agosto, mes en el que llegaría mi marido de vacaciones. Estaba previsto que Robert, Carmen y yo pasásemos disfrutando del mes de agosto en nuestra nueva casa en España. Yo llevaba desde finales de junio preparándolo todo: pintando la barbacoa, buscando jardinero para embellecer el césped de cara a cuando Robert llegase, compré lámparas, ropa de cama, cubertería, cojines, muebles, todo preparado y ahora... No quería ni volver la vista atrás para contemplar la casa. Tampoco me esforcé

por ver si había alguien más despidiéndonos.

—¡Mami! ¿Dónde vamos? —me preguntó Carmen escamada.

—Cariño vamos a Inglaterra.

—¡Tan pronto! Dijiste que no volveríamos hasta después del verano, y todavía hace mucho calor...

—Cariño, papi ha sufrido un problema y nos necesita —fue todo lo que le pude explicar a esa personita de cinco años que me miraba despechada por haber sido arrancada de la piscina de su nueva casa en la Costa del Sol—. No te preocupes, volveremos, mi amor...

En la embajada nos habían buscado avión, sicólogo e incluso chófer para llevarnos al

aeropuerto. Una persona de la embajada, un asistente social, nos acompañaría hasta Londres. Una vez llegásemos allí, ellos se encargarían de Carmen. El hospital y el cementerio no era lugar para una pequeña de cinco años. Me prometieron que volvería a verla, al menos hasta que quedase clara nuestra situación. No le explicamos nada a Carmen sobre lo que pasaría en Londres por miedo a que sufriera un ataque de ira. Por lo visto, la habían separado de varias familias y no lo había llevado nada bien. En cuanto vio aparecer al asistente social, se agarró a mi falda y no se despegó de ella en todo el trayecto hasta el aeropuerto Pablo Ruíz Picasso de Málaga. Carmen era muy intuitiva y se oía que esa escapada a toda prisa de nuestras vacaciones no era normal. Llevaba colgada su cara de culpabilidad, me

prometió que se portaría mejor, la pobre pensó que había hecho algo malo.

No sabía cómo decirle a la pequeña que esa noche no dormiríamos juntas en la espaciosa cama de nuestra casa en Málaga, como habíamos hecho durante un mes; ni siquiera en nuestro piso de Londres. Se me partía el corazón otra vez más, si cabía, al contemplar su ingenua inocencia ante el abrupto viaje. Sentía un nudo en el estómago solo de pensar en Robert, el entierro, la tediosa lectura del testamento, su familia... Y encima el trance de tener que separarme de la pobre Carmen, de nuevo tendría que pasar unos días en un centro de acogida. Seguramente lloraría, suplicaría, vomitaría, haría cualquier cosa por ver a su “mami Sara”. Sus aciagos gritos y desconsolados llantos retumbarían en la distancia, con angustia, por

encima de los lamentos y los llantos de los familiares y amigos de mi marido lamentando su pérdida.

Me sentí la persona más miserable del mundo. Si aquella mañana que me había despertado pletórica, feliz conmigo misma y con la vida por primera vez en años, me hubiesen contado lo que se avecinaba... hubiese cerrado los ojos y no los habría abierto nunca.

Existen muchas formas de morir. También los vivos morimos a veces en pequeñas dosis, poco a poco. Sufrimos heridas que nos van sesgando la vida lentamente, pero que cuando ocurren, ya no podemos volver a estar tan vivos como antes. Somos un poco menos personas y un mucho más seres mancillados que vagan por su existencia hasta el fin de sus días.

La asistente social trató de entablar amistad con Carmen pero mi pequeña se cerraba en banda. Cuando la mujer no nos escuchaba, mi hija me decía que no le gustaba esa metomentodo, que seguramente querría llevársela lejos de mí. Le estuve mintiendo todo el trayecto, hasta que el comandante dijo que en veinte minutos aterrizaríamos en el aeropuerto de Heathrow. Entonces, abrochando el cinturón de seguridad alrededor de su cuerpecito por última vez antes de aterrizar, no pude reprimir más las transidas lágrimas, y rompí a llorar. Carmen me levantó el rostro por la barbilla delicadamente y me dijo:

—Mami, no llores. No te preocupes, estaré bien... Siempre lo estoy, soy fuerte.

Se me destrozó el alma al contemplarla y oír sus palabras dándome ánimo a mí, cuando debería

ser yo la que le proporcionase aliento y seguridad. No sabía qué decirle, ella con cinco años demostraba más madurez y saber estar que yo: una supuesta adulta desbordada por la despiadada realidad.

—Lo sé mi vida, lo sé —apenas pude balbucir entre sollozos. Una señora que estaba sentada en la misma fila se conmovió por la escena. Pude ver de reojo como sacaba un pañuelo y enjugaba sus lágrimas en él.

—Solo quiero que me prometas una cosa...

—Dime, mi vida ¿el qué? Lo que quieras.

—¡Prométeme que volverás a por mí! Pase lo que pase... Eres la mejor mami del mundo, eres la mejor mami que jamás pudiera desear...

Rompí a llorar sin consuelo en su pequeño

hombro, ella me acogió en sus brazos y me permitió que llorara allí, amparada por aquel pequeño cuerpecito hasta que tomamos tierra. Alguna azafata pasó y, al vernos, ni siquiera se atrevió a romper ese momento para indicarnos que debía abrocharme el cinturón de seguridad al aterrizar. Sollozando en su regazo de pena e impotencia, escuchando el latir de su corazoncito, comprendí que acababa de perder a la hija que tantos años habíamos buscado infructuosamente. Mi marido había fallecido y ya no se podía hacer nada por él, pero aquella pequeña, aquel ángel me necesitaba. Tenía que hacer lo inenarrable para seguir protegiéndola el resto de nuestras vidas. Se lo había prometido, y una promesa a un niño es inquebrantable, lo cumplía o jamás volvería a confiar en mí. Poco a poco me recompuse hasta

que volví a comportarme de manera racional cuando el avión se detuvo.

En el aeropuerto, la asistente social se encaminó por el largo pasillo de llegadas con otro colega que esperaba a Carmen para obsequiarla con una enorme piruleta. Carmen me dedicó una media sonrisa e ignoró al halagüeño caballero, que se quedó plantado con el regalo. Si Carmen les importase tanto como a mí, hubieran sabido que es la única niña del mundo a la que ni le gustan las golosinas, ni el chocolate; solo lo salado.

Apesadumbrada, me senté sobre mi maleta justo delante de los sensores de las puertas automáticas de llegadas, no podía dar un solo paso más. De nuevo sola, abandonada, abatida, desesperada... Nada comparable a la efímera alegría que había vivido en las últimas semanas. En la zona de

llegadas, las puertas se abrían ante mi presencia una y otra vez, pero volvían a cerrarse al no continuar caminando. Cada vez que las puertas se abrían y cerraban, todas las personas que habían ido a recoger a algún familiar en la terminal uno del aeropuerto podían contemplar a una mujer de unos treinta y pocos años, despeinada, nívea y llorando afligida sobre una enorme maleta color verde pistacho, toda una estampa. El policía, al verme, se dispuso a salir de su garita para socorrerme. Entonces, una mano liberadora, cargada de esperanza, una de esas manos que jamás olvidas en toda tu vida, se cruzó en su trayectoria, la mujer le hizo una señal indicando que ella se hacía cargo de mí.

Sus manos acariciaron con ternura mi desdibujado rostro, limpiando algunas de mis

lágrimas. Miré arriba y allí estaba: la cara afable y servicial de mi buena amiga Patricia. Patty, así era como le gustaba que la llamasen, aunque sonase algo vulgar. Patty era de Argentina, estaba casada con un agente de bolsa, Paul, que había sido compañero de Robert durante los últimos diez años en la city londinense. Tanto Pat, como yo la llamaba a veces, como Paul llegaron de Argentina huyendo del corralito y encontraron seguridad y lugar donde quedarse en la ciudad de Londres. Ellos tampoco tenían hijos, pero lo suyo fue una decisión personal. Les encantaba viajar, disfrutar el uno del otro, hacer fiestas, saborear cada ápice de la vida... A veces, cuando hablábamos acerca de no poder tener hijos, no entendía su punto de vista, pero los respetaba. Patricia sabía lo que nos había costado que Carmen llegase a nuestras

vidas. Había sido una batalla campal, y ahora, se la habían llevado; a mi niña, pobrecita...

—¡Ey! mi vida, ya está, ya pasó, vamos, salgamos de aquí. Vos no debés de preocuparos por nada. Paul se encargó de todo en el hospital, la familia de Robert está avisada... Pero, ya... mi niña, no llorés más, tranquila, vamos, vamos...

El sincero abrazo de mi amiga me reconfortó mucho más que el de mi propia madre cuando la había dejado en España. A pesar de tener cuarenta y cinco y aparentar menos, Patty había vivido mucho. Sabía de casi todo y siempre sabía aconsejarme sabiamente, para mí era mi madre postiza cuando estaba en Inglaterra.

3.

La cosa más triste de esta vida es separarte de una persona cuando en realidad no quieres que se vaya, pero sabes que debes hacerlo para que, al menos ella, sea feliz.

No hizo falta ir al hospital de St. Andrews. Paul y Alison, mi cuñada, que era enfermera en el hospital, lo arreglaron todo. El funeral sería en la casa familiar de los Scott, a las afueras de Oxford.

Cuando llegamos al opulento rascacielos de apartamentos en pleno corazón de la city londinense, el señor Jennings, tan atento como siempre, corrió raudo a recibirnos con un paraguas negro. Llovía... De nuevo... Una novedad que lloviznara en Londres en pleno verano. Me acordé

de los chapoteos matutinos en la piscina empujadas por los cerca de treinta y dos grados.

El clima de Londres no entendía de vacaciones o época del año. Seguía su curso impasible, al igual que lo hacía mi mohíno destino. Apenas unas horas antes había sido tan feliz...

Era muy tarde y aunque insistieron en que debía descansar antes de realizar otro viaje en coche hacia la casa señorial de la familia Scott en la campiña inglesa, me negué rotundamente y le prometí a Patricia que podrían pasar a recogerme en una hora. Ellos vivían cerca, así que no sería problema.

El vapor de la ducha parecía arrastrarlo todo: la congoja, el vacío, la soledad, hasta los pequeños resquicios de felicidad que había vuelto a sentir después de tantos años. *Trece y medio*

para ser exactos. Unos malditos años en los que había vivido una vida robada, una pantomima pactada para sobrevivir y contentar a todos.

Mientras el agua caía sobre mi cuerpo reparando mis entumecidos músculos, se cruzó por mi mente la imagen de mi hija sola en una habitación con más niñas en un centro de acogida. Mis lágrimas saladas se entremezclaron con el agua hirviendo que caía sobre mis pechos, tanto que me quemaban más por dentro que por fuera.

¿Por qué me has hecho esto, Robert? ¿Acaso es esta tu última venganza antes de morir?—me dije medio escaldada bajo el agua que al menos arrastraba consigo algún gramo de desasosiego de mi cabeza. Él, a su manera, siempre había sido muy considerado conmigo, así que no entendía su actitud.

En la finca familiar se encontraría mi beligerante cuñada, una mujer de poco más de cincuenta, amargada y entretenida en fastidiar a todos aquellos que la rodeaban. Por eso solo estaba rodeada del cariño de los únicos a quien no trataba de engañar y subyugar: sus caballos y los canes que pululaban por la finca. Mis suegros habían fallecido hacía algunos años, Alison y Robert eran los únicos hijos, por tanto los herederos. Tarde o temprano mi cuñada sacaría la pungente conversación sobre la herencia, como siempre.

Me repateaba la costumbre anglosajona de dar un festín durante el velatorio. En Inglaterra parecía estar prohibido llorar o demostrar los sentimientos en ese plúmbeo ambiente. El dolor y la pena debían ser privados. Los que asistían al velatorio

siempre parecían estar comiendo y bebiendo como si de se tratase de una barbacoa más a la que asistir otro domingo cualquiera. *¿Cómo podían atiborrarse así en momentos tan amargos como estos?* Para nada me sentía identificada con esa tradición, así que no participé de ella, al igual que con tantas otras cosas de los británicos. Por eso, cuando Robert me regaló la casa en España, creí tocar el cielo con las puntas de mis dedos. Al menos una época del año me alejaría de aquella atmósfera sombría y apabullante.

Me sequé el pelo torpemente, topándome con cientos de pertenencias de mi marido. Cada momento que había transcurrido desde su muerte le odiaba más. A mi cabeza volvía una y otra vez la extraña situación. No hacía más que preguntarme por qué había mantenido su enfermedad en secreto,

haciéndome quedar como una inútil desinteresada ante todos. Un leve remordimiento se cruzó en mi mente: *Tal vez yo no me había fijado demasiado... Tal vez había sido demasiado egoísta.* Pero ya no estaba entre nosotros y seguía reprochándole cosas... Él, que me había salvado de mi incierto destino en el pasado, condenándome sin saberlo a otro mucho peor si cabía: la cautividad en libertad.

Até mi cabello en una cola alta y los recuerdos del último mes se agolparon de nuevo en mi cabeza. Había sido tan feliz... Aun a sabiendas de saber que esa felicidad era fugaz y yo no la merecía. Sabía que los momentos felices desaparecerían pronto, sin embargo no de forma tan abrupta, no asestándome un golpe mortal. Como siempre, la vida me abofeteaba de nuevo

para espabíllarme y dejarme claro que yo era una de esas personas que había venido a este mundo a sufrir. ¡Qué hipócrita era la existencia conmigo! Ya lo sabía, ya lo tenía asumido, no obstante, seguía agitándome el hecho de que por castigarme a mí otros tuviesen que pagar. La pobre Carmen pasaría una solitaria noche en la casa de acogida, con otros, que al igual que ella eran niños inocentes de sus propias desdichas. Mi hija recordaría esa noche el cuarto que con tanto mimo habíamos decorado esas semanas anteriores. Sus cortinas de princesa, su cama con dosel, todos sus muñecos, los colores de las paredes... Una lágrima recorrió de nuevo el lagrimal hasta que ya fue tarde y no pude reprimirla, resbaló hasta el lujoso suelo del apartamento y desató el nudo de mi garganta. Sabía que aquel lugar, tan impersonal como conocido, al

que había llamado hogar, no era más que un habitáculo de un par de millones de libras donde guardaba mis efectos personales, no me ataba nada a él, no lo sentía como mío, a pesar de los años encerrada en él.

Rebusqué aquel socorrido vestido de cóctel negro que tantas veces me había sacado de un apuro; esta sería otra más. Tuve que subir al altillo para buscar una rebeca negra, en Oxford haría más fresco. *¡Qué diferencia con España!*

Miré el reloj y me dije que en la costa los vecinos estarían en las puertas charlando, los matrimonios paseando con sus hijos en el paseo marítimo, y yo... Yo estaba a punto de ahogar mi cabeza en el retrete para vomitar del hastío que me producía mi propia vida, destrozada hasta el tuétano como un roído hueso arrojado a la basura

por no poder sacársele nada más.

Decir que estaba hundida sería decir algo, estaba desecha. Parecía que me habían arrancado las entrañas, les hubiesen esparcido ácido por encima y, una vez derretidas, las hubiesen vuelto a colocar en su sitio para que continuase con mi vida como si nada.

Realmente no era que no pudiese vivir sin mi marido. Ya hacía tiempo que casi no nos tocábamos, ni siquiera dormíamos juntos. Nuestro amor tuvo un precio. Una vez pagado, desapareció.

Me tumbé en la cama bocabajo queriendo hundirme dentro del colchón, desaparecer del mundo. Recordé entonces el fatídico día en que años atrás mi padre falleció en un accidente en el campo. Por aquel entonces yo tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho, toda la

alegría del mundo me embargaba. Empezaba a salir con el muchacho más apuesto de toda la comarca. Él lo tenía todo: metro noventa, ojos verdes que desprendían un halo de misterio, cuerpo atlético, simpatía a raudales y era el joven más cariñoso de todos los que había por el pueblo. Nuestra ilusión por ir a la capital y estudiar una carrera tras aprobar la selectividad iba en aumento. Al enterarme de que había entrado en la Facultad de Magisterio y podría ir a estudiar a Málaga, a la Universidad, mi felicidad fue completa. Iba a ser la primera persona de mi familia que pisaría las aulas de una universidad. *Si mis abuelos me viesen* —pensé.

Ese verano cumplía la mayoría de edad y pensaba comunicarle a mis padres que en realidad no iba a vivir en Málaga con unas amigas, sino con

mi primer y único amor: Javier. Un paso muy arriesgado pues la mentalidad del pueblo continuaba aferrada a la costumbrista idea de la virginidad femenina como prueba irrefutable de ser una persona buena y honrada.

Javier Vidal, así se llamaba, iba a estudiar ingeniería en la facultad del Ejido cercana a la mía. Habíamos visto un piso de alquiler por la zona. El casero no puso inconveniente en que lo fuésemos a compartir. El hombre ya había visto de todo tras años de arrendarlo a variopintos inquilinos de diferentes costumbres. De esa manera estaríamos juntos, y ahorraríamos algo de dinero para otros menesteres. Yo tenía una buena beca con la que podría costear los gastos de matrícula, alojamiento y desplazamientos hasta el pueblo los fines de semana. Mis padres me

dejaron muy claro, desde muy joven, que con el ridículo sueldo de agricultor de mi padre, no podría ir a la universidad. Tendría que acostumbrar mis manos a los invernaderos, los aguacates, los mangos y las pasas del terreno. Cualquier cosa por salir adelante. Yo no estaba dispuesta a trabajar para otros más de lo que yo permitiese, así que me partí los cuernos para sacar unas notazas y poder conseguir la liberadora beca. Mis hermanas mayores jamás habían salido del pueblo, principalmente por motivos económicos, aunque tampoco pusieron de su parte al ennoviarse demasiado pronto y dejar claro que deseaban ser unas excelentes amas de casa; eso no iba conmigo. Yo quería salir, entrar, conocer gente, diferentes costumbres y pensamientos, y estaba cerca de conseguirlo. Magdalena no hacía más que

reprocharme la suerte que había tenido con la beca, repitiendo que si ella la hubiese tenido, se habría ido lejos, muy lejos, sin mirar atrás. Lo decía incluso delante de mis padres, sin cortarse. Aunque todos sabíamos que nunca hubiese dejado atrás al borracho de mi cuñado... *Qué bonitos somos todos en la primera juventud y qué horrendos se vuelven algunos con el paso del tiempo...*

Con casi todo preparado para el siguiente curso y el piso buscado a primeros de julio, recuerdo todavía con claridad cómo al girar por la casa recién encalada de mi vecina Anita, escuché a mi madre y mis hermanas llorando en la puerta de casa. Un gran revuelo de vecinos se agolpaba en torno a ellas. Me acerqué rápidamente temiendo que una desgracia hubiese sucedido. No había

duda, algo había pasado. Cuando estuve más cerca, un vecino me abordó y me contó que había ocurrido un terrible accidente: mi padre se había matado arando en el campo.

No podía creerlo, por lo visto, la enorme máquina agrícola se había atascado con las piedras. Mi padre, sin desconectarla, bajó para ver qué era aquello que bloqueaba el mecanismo. Tantas veces había hecho la misma operación sin que nada malo le hubiese sucedido, que cuando quitó la enorme piedra que había bloqueado las cuchillas de la máquina, solo le dio tiempo a emitir un alarido que retumbó en las parcelas adyacentes. Cuando los demás agricultores acudieron en su ayuda dicen que no pudieron hacer nada en mitad de aquel dantesco espectáculo. La máquina le había pasado por

encima y había seccionado su cuerpo en varios pedazos, casi al instante. No se pudo hacer nada por salvarlo. Pobre papá, qué muerte tan desagradable —me dije— si es que alguna vez la muerte es algo grato...

Mamá anduvo desquiciada la semana después del entierro. Vagaba como ida, aunque trató de ocuparse de todo. La infortunada mujer no levantaba cabeza. Fue un palo durísimo. Papá era quien traía el dinero a casa. Entre el entierro, el campo que no se trabajaba, las bestias que había que alimentarlas, el banco, etc. Pronto empezó a faltar dinero...

Lo que menos me podía imaginar era que mi propia madre, hasta entonces venerada, se revelase contra mí, y puliese todo el dinero de la beca en pagar a los del seguro, los de la funeraria,

el banco y sobre todo en los preparativos de la cercana boda de mi hermana mayor: Magdalena, la muy hipócrita de mi hermana...

—¡Madre, no puedo creer que ya no esté! Fui hace unos días al banco, y la muchacha de la oficina me felicitó porque acababan de ingresar el dinero. He ido a pagar la reserva del piso y la misma chica, avergonzada, me ha dicho que solo quedan trescientas pesetas. —Grité colérica. No podía creer que mi madre hubiese sacrificado mi futuro, mis estudios, después de tantos sacrificios personales, levantándome al alba para ayudar en el campo y la casa como la que más y acostarme a las tantas estudiando. Sabía que mi madre era de la opinión que las mujeres debían servir a sus maridos y esperarlos obedientemente en casa hasta que llegasen como llegasen, pero lo que había

hecho con mis humildes aspiraciones de progresar en la vida y como persona, eso fue demasiado.

Quise despertar de esa horrible pesadilla.

Obviamente todo fue a peor y mi presente se desmoronó como un castillo de naipes en llamas.

Mi madre, casi sin apartar la mirada del escueto guiso, me contestó seca, como de costumbre:

—No había más remedio. Tu familia necesita ahora ese dinero. Tu hermana va a casarse... El banco pide todos los meses. He tenido que adelantarles un año de hipoteca, ya no se fiaban al enterarse de que tu padre ha fallecido...

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunté indignada al enterarme que tendría que costearle el bodorrio a la odiosa Magdalena.

Mi madre soltó el paño y me cruzó la cara de

un guantazo. El oído izquierdo me pitó y por un momento no escuché como mi orgullo y mi integridad se estrellaban contra el suelo.

—¡No seas mal agradecida niña! Ya estudiarás... Si no, trabaja, o haz como tus hermanas; cástate.

—Niña, te la tienes muy creída, eso te pasa por alardear tanto... No entiendes que te debes a tu familia... —añadió la detestable de mi hermana Magdalena, orgullosa de que parte de mi dinero fuese a parar para su boda, en septiembre.

Mi madre había sacrificado la vida de su hija pequeña por salvar las nupcias de la mayor, que casi había quedado para vestir santos. Lloré, pateé, protesté e incluso pensé en marcharme de casa. Todavía era menor, pero me faltaba poco para los dieciocho. De repente Javier se cruzó en

mi pensamiento. No sabía cómo decírselo, todos nuestros planes se habían esfumado. De todos modos tampoco podía, había tenido que marcharse con sus padres a Benidorm. Sus tíos maternos tenían allí un apartamento, y todos los veranos iban a pasar unas semanas. Habíamos acordado que no nos veríamos hasta finales de agosto. Nos cartearíamos durante la época estival.

Lo que desconocía en aquel momento de impotencia adolescente era que ya no lo volvería a ver más.

Nosotros no teníamos teléfono. Si necesitábamos llamar íbamos a casa de la vecina. Mi padre nunca fue amigo de que lo controlasen. Así que no pude llamarlo de todos modos cuando los terribles acontecimientos de mi vida se desencadenaron para que nuestros destinos se

separasen para siempre.

Grité sobre la almohada de la King size bed del apartamento de la city y me levanté rabiosa. Pat me había dicho que en una hora vendría a recogerme, ya casi había pasado el tiempo acordado. Mi amiga no quería que cometiese una locura, así que solo me dio tiempo de coger un bolso con el móvil y el monedero cuando el portero llamó por la línea de teléfono interna del edificio. Ya habían llegado. Me miré en el espejo.

¿Había envejecido...? Bastante. En pocas horas me había convertido en una mujer mucho más demacrada y envejecida. Entonces, al abrir la puerta, mientras buscaba las llaves en el bolso, sentí que todo se desvanecía.

¿Me estaba desmayando? Al chocar contra el suelo recordé que desde la llamada telefónica en

la casa de España, no había comido nada, absolutamente nada.

Desperté en el sofá contemplando la cara de alivio de Paul y Pat al ver que volvía en mí. Me ofrecieron algunas galletas rancias que encontraron por la cocina y una Coca cola. Una vez me repuse, les supliqué que nos marchásemos en seguida. Ya era bastante tarde y quería al menos velar unas horas el cuerpo de Robert. Durante el tiempo que permaneciese allí tal vez podría averiguar algo más del porqué no me había comentado nada de su enfermedad. Seguía sin entender qué broma macabra era esa. Tal vez su inquietante hermana pudiera sacarme de dudas.

Los verdes campos de la campiña inglesa no

me dieron la bienvenida como la primera vez que Robert me trajo allí hacía trece años, cuando desconcertada y tímida no sabía qué hacía en ese lugar. Esta vez nos adentrábamos por el camino forestal de noche. Una oscuridad casi impenetrable rodeaba la gran villa de la familia Scott. Su antepasado había sido barón, pero su enemistad con el rey Jorge VI provocó que le fuese retirado el título, aunque no las propiedades.

Sabía que no estaba preparada para ese momento, nadie en su sano juicio lo está, lo único que queda en semejante trance era resignarse, no me quedaba más remedio que afrontarlo por poco que me gustase. Cuando llegamos a la casa, muchos coches aparcados en la puerta me dieron una idea de la cantidad de desconocidos que tendría que soportar. Solo los fumadores

esperaban fuera para darnos la bienvenida. Habitados al ir y venir de personas, no se percataron de que llegaba la principal doliente del funeral: la viuda. Escondieron sus vasos de bebida al vernos aparecer. Patricia iba tirando de mí a duras penas, yo no quería continuar, sabía que todos estarían allí esperando ver la cara de la pobre viuda, en realidad de la insensible bruja que no lo había acompañado, como era debido, en los últimos días de su enfermedad pues estaba de vacaciones en la cálida costa del sur. Robert había conseguido joderme hasta en el último momento. Una vida sesgada a los dieciocho años, que se proponía seguir destruyendo a los treinta y tres, incluso después de su fenecimiento. Recordé la deliciosa pero triste balada *Impossible* de James Arthur en mi cabeza como vía de escape para

marcharme lejos de allí. A Robert no le gustaba *Factor X*, pero lo veía por estar junto a mí en el sofá de casa, aquella canción fue una de las pocas cosas que nos había unido en años.

Volví a recordar el comienzo de mi atribulada vida con Robert. Muy distinto del sosegado entendimiento al que habíamos llegado con el tiempo y que había controlado nuestra sintética unión en los últimos años de coexistencia.

Mi madre había cogido el dinero manchado de sangre que le dio el terrateniente a modo de indemnización por guardar silencio sobre la muerte de mi padre. El patrón, más versado en las pesquisas legales, quiso eludir cualquier responsabilidad civil o penal en cuanto a la muerte de mi buen padre, finalmente lo consiguió el muy cretino. Ese dinero no le bastó a la buena señora,

así que se hizo con el de mi beca y lo invirtió en la dote de mis hermanas. De esa manera pudo casarlas pronto y deshacerse de dos bocas que alimentar. Para mí que pensó: mejor joder a una hija que a dos.

Tan ilusionada había estado yo, y seguía siendo tan ingenua en el preludio de mi madurez, que a pesar de la brutal desgracia de mi padre, pensé en que de alguna manera hallaríamos la forma de que yo acudiese a la universidad. Sabía que mi madre se había portado de forma mezquina, pero que acabaría solucionándolo. Al fin y al cabo era mi madre, debía protegerme a mí también. Mientras yo estaba embebida en esos planes inocentes, tratando de olvidar la pérdida del dinero y revanándome los sesos para salir de aquel atolladero, no vi venir la tela de araña que mi

madre había ido tejiéndome a mis espaldas...

Contemplé la entrada de la villa inglesa tan cariacontecida como la primera vez. Hacía trece años, cuando llegué, lloraba por haber perdido a mi padre y a Javier. Hoy lloraba, más por rabia, al incauto de Robert y, sobre todo, me acordaba de mi pequeña Carmen.

Crucé el umbral de la puerta y nada más entrar todos los ojos se posaron en mí. Decir que me sentí desnuda sería decir que me sentí algo. Me fui empequeñeciendo hasta que me obligué a continuar caminando hacia dentro. Como un soplo de aire que refrescase el enrarecido ambiente corrí hacia el féretro, me incliné sobre él y pude observar su semblante tranquilo y sosegado. Las lágrimas corrieron por mis mejillas, no era de hierro. Después de convivir tantos años con un hombre, se

le coge cariño. Robert fue cualquier cosa, menos el amor de mi vida. No obstante, siempre fue atento conmigo y satisfizo todas mis necesidades, siempre se comportó como un caballero.

—No te preocupes querida no sufrió. —Irrumpió una voz seca y adusta tras de mí.

Era Alison, la hermana mayor de Robert. Nunca nos habíamos llevado bien. El sentimiento fue mutuo desde el primer momento en que nos vimos. En vez de encontrar en ella una sustituta a las hermanas que dejaba en España, me topé con una odiosa entremetida, que no dudaba en ponerme en evidencia y hacerme chocar con Robert o su familia. Desde el primer instante supo ver que no amaba a su hermano. Odiaba que él a mí sí me quisiese con locura, por encima de su vida y de su propia familia. Se la llevaban los demonios

cuando le quitaba la razón para dármela a mí. *Gracias a Dios se fue sin sufrimiento* —pensé aliviada. La ignoré y me alejé del féretro sin poder mantener más la mirada sobre su frío cadáver. Busqué una recóndita esquina en la que marchitarme y poder ahogarme en mis remordimientos. Pat me acompañó hasta un mullido sillón de terciopelo verde, al sentarme, el paño de ganchillo cayó tras mi espalda. No me molesté en ponerlo en su sitio; por muy antiguo o valioso que fuese. No tenía fuerzas casi ni para respirar.

Rápidamente, como impacientes abejas que corren a la miel, acudieron decenas de conocidos, amigos, vecinos y familiares de mi marido a presentarme sus condolencias y a traerme algo de beber o comer. *Sigo sin entender la costumbre*

lúdico-festiva de los funerales anglosajones.

Rechacé todos los ofrecimientos. Tenía el estómago cerrado y los jugos gástricos subían y bajaban del asco que me producía el lugar, la comida y la situación.

Viuda —pensé— a los 33, podía haber algo peor...

Sí, lo había. El destino quería que yo muriese poco a poco, asfixiándome mi desdicha personal. Mi mala suerte volvía una y otra vez. Mi destino maldito se distraía a ratos y parecía olvidarse de atormentarme por un breve periodo de tiempo, pero cuando volvía a atraparme entre sus garras, lo hacía de forma más cruel si cabía; dejándome claro que yo no merecía un atisbo de felicidad.

¿Por qué a mí? ¿Qué le había hecho yo?

Cualquier equivocación del pasado no

justificaba ese ensañamiento. La fatalidad ponía a prueba mi resistencia casi a diario, estaba claro que la infelicidad no me dejaría escapar... Aunque en algunos momentos, lograrse engañarme...
Provocando ilusiones en mi alma.

Prueba de ello fue que lo había vuelto a ver a los pocos días de llegar a España con Carmen, mientras preparábamos nuestra nueva casa de veraneo. Por azar, la buena fortuna, o la simple casualidad, me había vuelto a encontrar con Javier en Málaga. Sí, mi Javier, mi único y verdadero amor de adolescencia. El único hombre que había grabado sus caricias y besos en mi piel convirtiéndolos en tatuajes imborrables.

“El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. Dicen que a los dieciocho años no se le conoce, se le imagina. Yo, en cambio, lo había tenido a mi lado y dejé que se pudriese”

Por la mañana temprano, empezaba a lloviznar como de costumbre en el regio jardín de la familia Scott. Había pertenecido a la familia durante los últimos dos siglos, la vetusta vegetación daba buena cuenta de ello. Una especie de cortejo fúnebre trasladó el ataúd hasta la parte del jardín dedicada a la sepultura de los miembros de la noble familia. Contemplé el sosiego y la paz que exudaba el lugar, envolviéndonos en una atmósfera serena de recogimiento. Sabía que a Robert aquel paraje le infundía tranquilidad cuando estaba vivo.

Le gustaba venir de vez en cuando a pensar, analizar sus problemas, y charlar con sus antepasados. No estaría tan mal aquí después de todo, rodeado de los suyos. Robert podría contemplar eternamente la campiña de poetas ingleses como Yeats, o escritoras como Jane Austen. Estuve totalmente de acuerdo en que allí descansase.

Recuerdo que en una ocasión insinuó que yo podría ser enterrada allí en una tumba a su lado, casi le empujé por la ventana del mal rato que me dio al comentarlo. Por entonces, yo era demasiado joven para pensar en la muerte... Además, yo siempre había querido ser incinerada y arrojada al mar Mediterráneo. Había una calita en la playa de los baños del Carmen en Málaga que permitía otear la salerosa bahía de mi ciudad, hervidero de

vida marítima y costera. Desde allí podría contemplar todo lo que aconteciese en mi tierra cuando yo faltase. Mi marido sonrió ante mi exaltada respuesta y confesó que estaba bromeando, sabía que aquel verde paraje no era mi lugar. Era como un pez fuera del mar. No me imaginaba en aquel lluvioso prado, taladrada por el frío húmedo de Inglaterra durante el resto de la eternidad. A decir verdad, yo no imaginaba cuando iba a morir, tenía tantas cosas por vivir todavía... Tanto tiempo por delante... Involuntariamente, volví añorar el sol y la fantástica brisa del mar al atardecer en el Sur de España, en mi tierra. A pesar del fresco húmedo que nos rodeaba casi pude sentir la reconfortante calidez del sol acariciándome con las puntas de sus rayos. El sacerdote ofició una sentida ceremonia, repleta

de toda la pompa destinada a las clases nobles de Inglaterra. No podía olvidar que Robert era descendiente de nobles ingleses y allí el protocolo se tomaba en serio, no como en España que las nobles se visten de folklóricas para ir a bailar a la feria de Sevilla.

Antes de que pudiese darme cuenta, todo había pasado. Todos se habían ido. Se acabó.

—Puedes quedarte en casa si quieres, Sara, — sugirió por puro compromiso la engañosa voz de mi cuñada, conocedora de que querría estar en mi propio piso, a solas —esta también es tu casa. — añadió entre dientes.

—No te preocupes, prefiero irme. Tengo que arreglar muchas cosas... el papeleo, lo de Carmen...

—¡Es verdad! lo había olvidado por completo,

pobre criatura... qué será de ella...

—¿Cómo? No va a pasarle nada. Carmen es mi hija y pienso recuperarla... —espeté mirándola con fuego en mi mirada. La muy zorra sabía cómo introducir el dedo en la llaga, aún más, en estos momentos de dolor.

—No, querida. Esa niña no es tuya. Tienes que mentalizarte, te la dejaron para cuidarla, y ahora... deberías pensar en sosegartte y retomar tu vida. Eres joven. —Me guiñó.

No podía creer que casi con el cuerpo aún presente de su hermano, me empujase a olvidarlo todo, incluso a que no dudase en buscar una nueva pareja. Alison siempre me había visto como una rival, como una trepa que había llegado con una mano delante y otras detrás a sus vidas para conseguir un rentable botín.

—De todas formas, el día 31 es la lectura del testamento —interrumpió Patricia.

—Sí, lo había olvidado. Habrá variaciones puesto que Carmen ya no estará incluida como heredera...

Respiré profundamente para relajarme y no partirle la cara a mi cuñada allí mismo. Paul se ofreció para llevarme hasta la city antes de que tuvieran que volver los enterradores para sepultar a aquella bruja.

—¡Menuda arpía tu cuñada! —dijo Patricia en el coche.

—No me hables de ella que me enciendo. Espero no volver a verla nunca más, después de la lectura de la última voluntad de Robert. En cierto modo me alegro de no tener hijos que lleven la sangre de esa víbora. Después del testamento se

acabó la hipocresía con Alison. Va a enterarse de quién soy yo. Le voy a escupir en la cara los trece años de silencio que he guardado por respeto a Robert. —Sentencié. Ajusté mis gafas de sol para evitar poner de manifiesto mi extrema sensibilidad al derramar alguna que otra lágrima.

—Si quieres puedo quedarme esta noche contigo —se ofreció Patricia.

—No te preocupes, Pat. No me dan miedo los fantasmas... Temo más a los vivos.

—Lo decía porque no quiero que hagas ninguna tontería...

—Para nada... jamás dejaría a Carmen sola... como mis padres hicieron conmigo. Mi pobre padre porque murió, y mi madre... mejor lo dejamos. Carmen cuenta conmigo y no la defraudaré, para ella yo soy su madre y para mí,

para mí ella es todo ahora mismo.

El portero corrió raudo a abrirme la puerta, cogió un minúsculo maletín con algunas pertenencias que Alison me había entregado al salir. Volvió a repetir en varias ocasiones cuánto lo sentía, y me informó que había encargado la limpieza y que hicieran la compra esa mañana por si quería comer algo. Confesó que tampoco sabía nada sobre la enfermedad del señor Scott. Quise decirle que yo tampoco lo había sospechado, y eso que yo era su esposa... Pero las fuerzas me fallaron. Tantas noches charlando con él de los avances en la decoración de la nueva casa desde España, tantas trivialidades comentadas hasta la extenuación: si el color del sofá es muy fuerte, la pared es muy oscura, el mueble de la cocina no cabe, etc. Y el pobre, muriéndose... ¿Cómo no le

había notado nada? ¿Cómo pudo engañarme de esa manera? Y... sobre todo ¿Por qué?

Mientras esperaba el ascensor junto al portero del edificio, notaba cómo mis ojos se iban cuajando de lágrimas. Sentí una amarga pena por él, por Carmen, por mí, y por esos maravillosos días anteriores en la costa del sol. Lloré de pura aflicción, pero también de enfado e impotencia por no poder discutir o preguntarle a un muerto los motivos que le habían llevado a aquella insensatez.

El ascensor paró en la planta veinte. Al abrir la puerta de casa y entrar, me pareció que Robert o Carmen correrían a recibirme como lo habían hecho durante el último año. Los dos se adoraban. Tras escuchar cómo se cerraba la puerta, el silencio doloroso fue lo único que me embargó.

Me deslicé arrastrándome por la puerta y, sentada sobre el suelo, empecé a llorar. Lloré hasta que no quedó una lágrima en las cuencas de mis ojos.

Como pude, a rastras, alcancé el sofá. Me tumbé en el mullido mueble de diseño hecho con el mejor cuero en color negro. Alargué la mano hasta la botella de *Bombay Sapphire* y no me volví a levantar hasta que acabé con ella.

Al atardecer me dormí. Soñé allí mismo en el sofá con la vida que hasta entonces había llevado. Una pantomima que se había vuelto agradable con la rutina. Sobre todo era feliz por mi hija adoptiva. Incluso creí haber alcanzado una relativa situación complaciente con Robert. Una especie de convivencia llevadera. Después me adentré en una angustiosa pesadilla sobre mi separación de Javier, trece años atrás...

Todos los años, una familia inglesa venía a veranear a la casita de enfrente de la nuestra en el pueblo. El abuelo de esa familia inglesa la había ganado al póker a un pobre diablo del pueblo, que por lo visto se pulía todo lo que tenía a las cartas. Cuando durante unas vacaciones la familia vino a ver la casa, ya no dejaron de regresar todos los años. Unas veces ellos solos, otras con algún familiar, primos o sobrinos. A pesar de ser viejos conocidos eran unos incomprensidos pues casi no podían comunicarse con nosotros. Ese año trajeron con ellos un amigo: Robert.

Por aquel entonces, Robert ya hablaba algo de español aprendido en la escuela. Tenía treinta y cinco años, para mí, un abuelo, los ojos claros como el cielo y la piel tan nívea que al menor rayo

de sol se enrojecía como un salmonete.

Cada día, cuando yo llegaba a casa, lo veía sentado en la puerta charlando con madre, cenando algo en la cocina, e incluso ayudándola con algunas tareas y reparaciones. A pesar de su edad, pude atisbar en uno de mis continuos viajes delante de la puerta de casa que todavía era atractivo.

Un día, mi madre nos dejó a solas. Robert era muy cortado. Tras dos o tres vasos de vino, me preguntó qué me parecía él como hombre. Yo le respondí que tenía novio, no estaba interesada. Él me dijo que hablara con mi madre... Si la oferta seguía en pie, por él aceptaba. Acto seguido se levantó ruborizado y se fue. Al principio no entendí qué quería decir. Pensé que me había pedido la mano o cualquier cursilería del estilo.

Recordé divertida aquella fruslería de petición, mientras recogía la mesa.

Cuando mi madre volvió, yo estaba barriendo la cocina. Recuerdo que entró socarronamente hasta la despensa, como si la cosa no fuese con ella, como si no fuese la artífice de las pretensiones de aquel desdichado.

—Madre, ¿qué ha hecho? —Pregunté colérica.

—¿Yo? —preguntó haciéndose la tonta.

—¿A qué ha venido la cena con el tipo ese... el inglés? Sabe que salgo con Javier y...

—Te he solucionado la vida, hija. Daniel, el guiri de enfrente, dice que el Robert ese tiene mucha “guita”, el inglés está “forrao”, y... tú, tú no tienes un duro, no tienes dónde caerte muerta. Se ha encaprichado contigo. La suerte te ha vuelto a

sonreír después de la desgracia que hemos llevado.

—Madre, no me hace falta su dinero... Como sea, pienso ir a estudiar a Málaga, con Javier. Usted ha gastado el dinero y buscará una solución. ¡Tiene que ayudarme! —supliqué desesperada. Mi madre alzó la vista sintiéndose culpable y empezó a llorar.

—¿Qué ocurre, madre?

—El dinero... la beca... Me siento muy mal. Tuve que cogerlo, había que pagar muchas cosas... la luz, el agua, el teléfono, la contribución... la boda de tu hermana precisa mucho...

—¡Se lo ha gastado todo!... ¡TODO! Madre, era mucho dinero... ¿No se da cuenta?

Corrí hacia ella con el estropajo en una mano y el último plato en la otra dispuesta a partírselo en la

cabeza. Por suerte mi hermana mediana entró y me detuvo.

—¿Qué ocurre aquí?

—Madre ha gastado TODO el dinero de mis estudios universitarios en otras cosas... Además quiere que me case con el extranjero ese para solucionar su error.

—¿Lo has gastado todo, madre? —preguntó Marisa con rictus serio.

—¡Todo! —respondió entre sollozos.

— Qué voy a hacer? ¿Cómo podré estudiar? Necesito una solución. ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué? —clamé al cielo.

—Cásate con él... —Sugirió mi hermana Marisa.

—¿Cómo? ¿Con Javier? Imposible. Javier tiene

que empezar la carrera y estoy segura que no piensa casarse con nadie hasta que tenga terminados sus estudios de ingeniería.

—Tu hermana no habla de ese mocoso, habla del inglés. El del dinero.

Se me heló la sangre. Ahora comprendía qué quería decir Robert con eso de que hablara con mi madre.

—¿Quieres que me case con ese hombre por su dinero...? ¿En qué me convierte eso, madre? ¿En qué? —Pregunté deseando escuchar la palabra de sus labios. Que se diera cuenta qué quería convertirme en algún tipo de mercancía.

—Hija, es un buen hombre... Así podrás prosperar en la vida. Yo no tengo nada que ofrecerte, el banco se va a quedar con esta casa si el mes que viene no pago la hipoteca. Debo mucho

y no tengo aval o garantías. Me han dado un ultimátum. Es tu única oportunidad, hija. Sálvate tú, si no... no sé qué será de ti... de nosotras. Te convertirás en una muerta de hambre, tal vez yo pueda partir a servir al extranjero, aunque a mi edad... ¡Qué desgracia! —gritó llorando.

La cabeza me iba a estallar. Un momento estaba recordando el último beso de Javier, otro estaba pensando en casarme con un auténtico desconocido e irme a Inglaterra lejos de todo y de la vida que había soñado. *¿Se habían vuelto locas?* —Me pregunté.

Tenía que desahogarme y contárselo a Javier. Pero esa noche no pude, era ya tarde. En vez de poder consolarme entre sus fuertes brazos, fui a la habitación a llorar por pura desesperación y por mi mala suerte. Comprendía que mi madre,

ahogada por las deudas, hubiese cogido parte del dinero de la beca, pero no esperaba que lo hubiese gastado todo. Recuerdo que esa noche mamá salió tarde de casa, no sé adónde se había dirigido. El cansancio pudo conmigo y me dormí.

A la mañana siguiente cuando llegué a casa de Javier, no había nadie. Entonces, recordé que él y su familia se iban a pasar unos días a Castellón. Estaríamos una semana sin vernos. ¿Cómo pude olvidarlo? Tal vez por culpa del berrinche. Cabizbaja y desamparada me dirigí de vuelta a casa. Traté de localizarle en Castellón, pero el teléfono siempre estaba ocupado, él estaba en la playa o en mil sitios. Parecía evitarme.

Yo debía tomar una decisión al día siguiente. Robert, el inglés, se marchaba a su tierra y debía darle una respuesta. Mi madre me dejó muy claro

que si no aceptaba una oportunidad así, no debía volver por casa.

¿Dónde iría yo entonces? ¿Qué sería de mí?

No podía creer que mi propia madre me estuviese haciendo un vil chantaje.

De todos modos, la boda no sería de inmediato. Iría a vivir con sus padres y más tarde si la cosa cuajaba, nos casaríamos. Tendría tiempo de conocerlo y echarme atrás si así lo decidía. Podía tomármelo como unas vacaciones, me dijo la muy fresca. El candor de la adolescencia me hizo confiar en que podría llevar las riendas de aquel trato. En cuanto pudiese me volvería para España...

Esa fue la peor decisión de mi vida. Mi falta de valor para enfrentarme a mi madre, la desaparición repentina de Javier, la pérdida del

dinero de mis estudios... Todo se alineó para que yo aceptara un viaje, en principio de ida y vuelta, que resultó en boda y en un matrimonio infeliz sin descendencia biológica durante trece años.

Jamás volví a hablar con Javier, ni siquiera volví a verle. Necia de mí, creí que en cuanto regresara de su viaje por el Mediterráneo y viese que yo no estaba movería cielo y tierra para averiguar dónde me encontraba. Pensé erróneamente. Ni una roñosa llamada. No volvimos a comunicarnos nunca más. Nuestra historia acabó ahí. Más tarde averiguaría el porqué de su silencio.

En octubre del año 2000 sin que nadie de mi familia asistiese al enlace me tuve que casar con Robert. Todavía un desconocido, mucho mayor que yo, pero que me trató como un verdadero caballero

en todo momento. Como una tonta confié hasta el último aliento que Javier aparecería en mitad de la iglesia para impedir esa locura. Jamás lo hizo... Tampoco pude reprochárselo, fui yo la que me marché sin darle explicaciones, sin que se supiese porqué había robado nuestras vidas en común aquella mañana de verano cuando amargamente me marché para no volver. Ni siquiera miré atrás para comprobar si la arpía que había vendido mi cuerpo y entregado mi alma a un desconocido sentía la vergonzosa necesidad de salir a despedirme... Seguramente estaría escondida llorando su amarga cobardía si es que aún le quedaba algo de maternidad en sus entrañas.

Cada vez que busco respuestas en el pasado, no entiendo cómo pude meterme en medio de ese embrollo sin apenas darme cuenta y cómo fui

incapaz de salir de él. Cada mentira me hundía más y más en el fango de mi angustiada y mísera existencia.

5.

“Una de las partes más difíciles de la vida es decidir si te alejas o te acercas un poco más a alguien, sobre todo cuando te va la vida en ello”

La vida, el destino, la casualidad, lo que sea nos trae a veces las situaciones más inimaginables a nuestra vida cotidiana. Cuando menos lo esperamos, todo da un giro.

El tercer día después de llegar con Carmen a la casa de España, yo estaba tratando el asunto de lo que se iba a plantar o a cortar en el jardín para arreglar el estropicio de los anteriores dueños en las zonas verdes del chalet. El jardinero, Antonio creo recordar, me decía que en tan poco tiempo el césped, las buganvillas, la dama de noche o el

jazmín, no estarían arreglados. Yo le insistía que para primeros de agosto, para cuando Robert viniese, todo tenía que estar perfecto. Le dije al buen hombre que había convencido a mi marido de comprar una casa en España para que pudiera plantar y cultivar especies que en Inglaterra serían impensables, ahora no podía echarme atrás. La casa tendría zonas verdes para cuando Robert viniese. El hombre me estaba comentando acerca de los setos de ciprés, que haría lo que pudiese con el jardín, incluso que plantaría especies más caras pero de considerable longevidad para que todo estuviese a punto. Debido a las calvas que existían entre unos y otros árboles, el jardín colindante se veía perfectamente. Yo estaba de espaldas y entonces no pude ver que mi nuevo vecino se aproximaba.

Por lo visto, una joven pareja se mudaba pronto tras su boda que se celebraría el mes próximo. Habían comprado la casa hacía un año y la estaban arreglando por el inminente enlace. Pensé que a Carmen le vendrían bien unos amiguitos cada verano cuando regresásemos.

—Antonio, espero que mi nueva vecina no le convenza y arregle su jardín antes que el mío, al fin y al cabo quien vivirá aquí todo el año seré yo, no se deje engañar por el dinero de los extranjeros, yo le traigo más cuenta —dijo una voz masculina detrás del seto.

Al escucharla, la sangre se me heló, el pulso pareció detenerse ante un maquiavélico eco del destino. Reconocí la voz de un antiguo fantasma del pasado que volvía para martirizarme. Me quedé petrificada sin dar crédito a lo que había

escuchado, casi segura de que volvía a ser una alucinación, me obligué a continuar respirando. En cambio, sentí las garras heladas de un escalofrío recorriendo mi piel, el corazón se me paró y todo mi cuerpo se aceleró mientras, incrédula, me volvía para constatar que una vez más estaba siendo una idiota al imaginar que era él. No supe si girarme para hundirme en el pozo de la desdicha una vez más, o esconderme por siempre en él.

Al fin, me giré y el tiempo se detuvo, pude sentir que todo se borraba, se desdibujaba a nuestro alrededor para volver al verano del año dos mil. Mi vecino, mi Javier dejó caer lo que llevaba en las manos. Se quedó tan perplejo como yo. Sus profundos ojos verdes se empequeñecieron para comprobar, como yo, si lo que veía era realidad o un espejismo provocado por el sol de

justicia que castigaba nuestros jardines. Tardó varios instantes en reaccionar, su frente se perló de sudor frío, y su boca seca no pudo articular palabra. Estaba en estado de shock, al igual que yo.

Cuando has pensado en alguien todos y cada uno de los días de tu vida durante los últimos trece años, cuando has deseado volver a ver o saber qué ha sido de esa persona, has creído verlo tras las esquinas mil veces, en las noticias, la prensa, y de repente lo encuentras. Todo tu mundo no hace más que desmoronarse como un castillo endeble de naipes que has ido construyendo con mentiras y engaños personales al cabo de los años para hacerte creer que esa persona ya no te importa. Entonces, lo ves, y sabes que es imposible seguir engañándote: sigues amándole, como la primera

vez.

De nuevo me encontraba frente al amor de mi vida. No nos hizo falta hablar para saber que, a pesar del devenir de los años, estar separados e incomunicados mis sentimientos hacia él no habían cambiado un solo ápice.

Decir que estaba igual de lozano que en el pasado sería mentir. Javier se conservaba estupendamente, yo diría que estaba aun mejor que cuando habíamos sido pareja. Es más, estaba tremendo. El tiempo no le había quitado un gramo de su atractivo. La vida se burlaba de mí colocándomelo al alcance de la mano. Tan solo estábamos separados por unos inconsistentes setos de ciprés y una valla metálica. Aquel portento del género masculino y su porte de Adonis me reblandecieron todo el cuerpo.

—¡Sara! pero...

Javier estaba tan fuera de sí, como yo. Él habría conocido a mi marido Robert en el mes de marzo cuando vino a comprar la casa, pero jamás esperaba que el destino le jugase el mal trago de encontrarse con la mujer que lo había abandonado cuando teníamos dieciocho años, y conocer al hombre que se la robó.

Meses atrás, Robert llegó del trabajo y me dijo que me había comprado una casa en España, así de sencillo. —Mañana voy a cerrar el trato—. Me quedé muda, pero no le quité las ganas. Era mi oportunidad de volver a mi tierra de nuevo. La casa se encontraba a pocos kilómetros de la ciudad donde me había criado, no podía negarme. Me dijo que era para mí y para Carmen.

Por lo visto un cliente lo había perdido todo al invertir en bolsa. Le ofrecía la casa por una nimiedad si le pagaba en efectivo, pero la operación debía cerrarse enseguida. Así que salió en el primer vuelo de la mañana a España. Al cabo de unos días regresó con las escrituras a mi nombre.

—¡Javier! —suspiré casi sin poder articular palabra. Mis piernas querían correr a abrazarlo, pero no me olvidaba que acabaría chocando contra los arbustos y que el sorprendido jardinero estaba plantado junto a mí al igual que los fastidiosos árboles que me impedían correr a abrazarlo. De todas formas habría caído de bruces, pues ningún músculo por debajo del corazón me respondía.

Cuando una piensa que jamás va a volver a ver

lo que más ha amado en su vida, y lo vuelve a tener enfrente de ti, sobran las palabras. Lo miré hasta donde me permitió el arbusto. La última década había pasado por él para conferirle un aspecto inmejorable. Lo había embrutecido un poco, lo justo para hacerlo irresistiblemente atractivo. Era obvio que machacaba su cuerpo en el gimnasio. Su oscura mata de pelo no se veía salpicada por un solo pelo gris, y sus ojos eran igual de expresivos y verdes como cuando éramos adolescentes. Un cosquilleo casi olvidado recorrió desde mis muslos hasta la boca del estómago. Era indudable que se conservaba mejor que yo.

—Pero... ¿qué...?

—¿Conocías a la señora Scott? —Preguntó el jardinero, confuso— es tu nueva vecina, Javier.

Noté cómo la mirada de Javier se entristeció al

atar cabos. Aquel hombre que rondaba los cincuenta y que había conocido unos meses atrás era mi marido. El hombre que me arrebató de su lado o por el que lo abandoné, según quisiera verse. Él, en cambio, seguía tan lozano y atractivo a sus treinta y dos años. En aquel cambio de pareja sabía quién había salido perdiendo: yo.

—Traté de llamarte... —dije refiriéndome a aquellos días en los que pareció desaparecer con su familia en Levante. Él me malinterpretó o cambió de tema a propósito. Era consciente que aquel no era buen lugar para hablar del tema. Tras haber mascado y rumiado tantos años una explicación, yo misma era consciente de que no estábamos solos. Tampoco sabía cuál sería su reacción al verme después de tanto tiempo. Tal vez querría salir corriendo o le pidiese al jardinero

que subiera el seto hasta una altura inimaginable para evitar volver a vernos.

Todo a mi alrededor daba vueltas, solo sus amables ojos verdes que me penetraban conseguían mantenerme en pie. Sujetándome para no caer al abismo del desmayo, prendida en su mirada aguanté el tipo.

—¡Cuánto tiempo... Sara! —dijo tomando aire finalmente, era obvio que estaba afectado, aunque trataba de disimularlo bien. El tiempo le había proporcionado más tablas en las relaciones personales, sin duda. Años atrás, la timidez le hubiese provocado algún tartamudeo o una caída de párpados para evitar nuestras miradas.

—¡Hola! ¿Quién hay al otro lado? —preguntó la voz sensual de una joven por debajo de los setos.

Entonces apareció algo que jamás hubiese

querido ver ni en mil millones de años: una despampanante muchacha de unos veinticinco años, de pelo largo castaño, con un físico impresionante y un par de poderosas razones por las que quise empujar las ramas de los arbustos con gran fuerza y apartarla de allí de un golpetazo para poder hablar con Javier tranquilamente. Mi Javier, al menos lo fue hacía trece años, era ahora de esa morena de ensueño que bien podría haber desfilado para *Victoria's Secret* . Mi gozo en un pozo, *todo perdido* —pensé.

—Esta es su nueva vecina, la señora Scott, parece ser que... —introdujo el jardinero.

—Esta es Cristina —lo interrumpió Javier mirando fijamente a los ojos del jardinero que pareció coger la indirecta y se marchó mascullando por lo bajo.

No he visto a un hombre más chismoso en toda mi vida que aquel jardinero. Aunque sabía que volvería a sacar el tema a relucir cuando volviésemos a encontrarnos, era obvio que quería saber qué nos había unido en el pasado, pero por esta vez se calló y se ocupó de sus asuntos.

—Encantada, Cristina —mentí— yo soy Sara, un placer. —Dije tras los árboles. A ella me costaba más trabajo divisarla, pero veía lo suficiente como para constatar que era un pibón, y la odiaba por ello.

Otra vocecita, aun más aguda y con fuerte acento británico, saltó de la piscina al constatar que aquellos vecinos a los que llevaba tres días esperando habían llegado por fin. En su inglés y chapurreando cuatro palabras en español se presentó:

—Hi! soy Carmen, and you?

—Perdonad, esta es Carmen, mi hija. Aupé a la mocosa de cinco años y ambos se sorprendieron de que Carmen fuese de color. Rápidamente entendieron que era adoptada, pues ya habían visto a Robert meses antes.

Carmen me sirvió de trinchera para refugiarme. No aguantaba la mirada de Javier que no se cortaba al mirarme de arriba abajo incluso delante de su irresistible prometida. Seguramente estaría pensando que vaya cambio tan bueno había hecho. Al poco de las cordiales presentaciones, la nerviosa de Cristina se marchó. Estaba muy ocupada con los preparativos de la casa. Tenía que llamar a los de las cortinas con las medidas del dormitorio de arriba y estaban a punto de cerrar la tienda. Respiré aliviada cuando desapareció tras

el seto. Nos quedamos solos.

—Así que te casas... me alegro mucho. —mentí con los ojos cargados por la emoción. Quise decirle: ¡no lo hagas! ¡deja a la *Barbie* y vente conmigo!. Él trató de excusarse.

—Sí, bueno... ya ves...tú...

—Reitero mis felicitaciones, Javier. Espero que al menos tú seas feliz. —dejé escapar sin darme cuenta, como una estúpida resentida.

Carmen saltó de mis brazos y corrió a la piscina donde la esperaba mi madre con los manguitos. Saciada su curiosidad inicial, ya no había nada que la retuviese allí. La piscina tenía muchos más atractivos que un nuevo vecino, al menos para ella.

—¡Gracias! —dijo de manera seca—. Traté de...

—No te preocupes, todo está bien así. Dejemos las cosas como están.

Mi madre se aproximó con los manguitos. No podía desinflarlos para poder ponérselos a Carmen. Me los entregó y se disponía a saludar al nuevo vecino cuando se quedó muda. Ambos se reconocieron, se miraron, y acto seguido mi madre se giró con los manguitos sin desinflar hacia la piscina, sin decir ni mu.

¿Era yo, o aquellos dos sabían algo que yo desconocía?

—Recuerdo a tu madre, Sara. Todavía da un poco de miedo —rio nervioso, tratando de excusar el comportamiento tan tenso de ambos. Sonreímos, cómplices, por primera vez después de tantísimo tiempo.

Su sonrisa me derritió. Todos mis recuerdos

afloraron y quise arrancar la vegetación que nos separaba con mis propias manos con tal de darle dos besos. Recordé todo lo que nos dijimos cuando yo era su chica y él era mi novio. No pude evitar sonrojarme. No podía verle el resto del cuerpo, pero me acordaba de que calzaba bastante bien. Me fustigué a mi misma pensando en Robert, le estaba siendo infiel, al menos de pensamiento. Pero qué podía hacer, Javier había llegado primero a mi corazón y no había dejado un solo milímetro para nadie más. El único hombre sobre la faz de la tierra al que había amado realmente y estaba frente a mí. No podía hacer otra cosa que desearlo de manera primitiva e irracional.

—Debo marcharme, me ha alegrado verte. —
interrumpí—. Supongo que volveremos a vernos
ahora somos vecinos. Suerte con la boda. Debo

seguir con Antonio y el jardín, el menor de mis problemas con la mudanza. No recordaba que en la Costa del Sol hacía tanto calor... Debo encontrar unos aparatos de aire acondicionado cuanto antes. Pero Málaga ha cambiado tanto en...

—Trece años —concluyó él.

Llevaba la cuenta —sonreí para mí.

Me entristecí al pensar que de no haberme jugado la vida aquella jugarreta, ahora sería yo la que estaría del otro lado de la valla. Sentí unos celos irrefrenables de aquella jovencita.

—He escuchado la palabra mágica cuando he salido por el porche: "mudanza". Y tú sola, ¡Dios mío! a mí me daría algo. —Comentó Cristina, que volvía a incorporarse a la conversación.

—Sara se lamenta del calor, no tiene aire acondicionado y me disponía a indicarle dónde

puede comprar uno. —Aclaró Javier, cortés.

—¡Pobrecita! ¡Sin aire! y con la peque, ¡qué lástima! Eso aquí en Málaga es impensable. Javier, ¿por qué no las acompañas mañana a buscar un aire acondicionado?

Yo tengo prueba final del vestido, así que estaré todo el día con mi madre en el centro.

—No te preocupes, eres muy amable Cristina, pero no quisiera molestar. —Dije algo avergonzada. Si esa chica supiese todo lo que yo había hecho con su prometido, estaba segura que jamás me habría dejado a Javier para ir de compras. Estaba claro que estaba segura de que yo no representaba amenaza alguna.

—Por mí, vale. Así te podré aconsejar sobre algunas cosas de la casa.

—Javier es aparejador. Hazle caso a las indicaciones técnicas que te dé, pero solo a eso, de la decoración no tiene ni idea. Tú, si te dice que un aire enfría mucho, cómpralo, pero que no te aconseje el color o la forma —aclaró—. Bueno, Javier, queda con ella, yo te espero en el coche. Tenemos que ir a la tienda de las cortinas porque esa vieja no se entera... El color verde pistacho y el lima no son el mismo color. Me va a dar algo. Encantada... Sandra. —gritó perdiéndose en la casa.

—Sara —corregí en voz baja.

—Está de los nervios... ¿A qué hora te viene bien?

—No te preocupes, Javier. Esto ha sido una encerrona. No tienes por qué...

—Me apetece mucho charlar tranquilamente

contigo y que nos pongamos al día. La última vez ni siquiera nos despedimos...

Bajé la mirada avergonzada. Debía acceder, se lo debía. Al menos una explicación coherente estaría bien. También me serviría para cerrar heridas y, por qué no admitirlo, me lo pedía el cuerpo.

—Bueno... a ver... ¿a las once? —sugerí plenamente convencida.

—Muy tarde, mejor a las nueve y media y te invito a desayunar en un chiringuito de la playa que conozco por aquí cerca, que te va a encantar. Hay que coger fuerzas antes de aguantar una mañana de compras conmigo.

—¡Vale! como prefieras —respondí rendida como una mema.

—Entonces a las nueve y media paso por aquí.

Se sobresaltó al escuchar el claxon.

—Me ha encantado verte Sara, estás genial.

Hasta mañana entonces...

—¡Adiós! —suspiré como una fan de *One Direction* mientras veía cómo se marchaba el trasero más perfecto recubierto en tela vaquera. Subió los escalones del porche de dos en dos. *¿De dónde había sacado esa tremenda espalda?*

Me giré con una sonrisa tonta de quinceañera enamorada. No podía creerlo. Javier, había vuelto a ver a Javier. Encima era mi vecino, pared con pared. Definitivamente el destino era un loco con ganas de joder la marrana.

Por otra parte, me alegraba tener que irme de aquella casa después de cada verano. Demasiado

sufrimiento verlo con su esposa todo el año. Y escucharlos en las noches de verano con la ventana abierta de par en par... ¡Uf! Insoportable.

He de reconocer que desde que Robert me dijo lo de la casa en Málaga había fantaseado con volver a verlo alguna vez por la feria o cruzármelo sin que él me viese por algún pasillo de un centro comercial. Pensé incluso que en una ciudad tan grande sería difícil o que tal vez ya ni viviese allí. Sonreí ante mi suerte. Mi madre me devolvió una agria mueca desde la piscina, resquebrajando mi ilusión por sentirme viva de nuevo. Su gesto de reprobación me hizo contener la alegría inmensa de haberme vuelto a reencontrar con el amor de mi vida, aquel del que ella me había separado. Volví a dibujar una sonrisa en mi cara, esta vez iba a disfrutar del reencuentro. Al menos podríamos ser

amigos, además de vecinos. Yo me conformaba con eso. Al no haber tenido nada durante tanto tiempo, el solo timbre de su voz retumbando en mis oídos de nuevo había sido el mejor regalo de navidad de la última década.

Daba igual que fuese a casarse o que yo ya lo estuviera. No iba a pasar nada ni por su parte ni por la mía. Pero el solo hecho de poder verlo de vez en cuando, me llenaría de satisfacción. Hacía trece años, cuando me marché a hurtadillas como quien comete un delito, pensé que jamás volvería a verlo. Caprichos del destino, mañana desayunaríamos juntos.

Corrí entonces a rebuscar algo que ponerme entre las cajas de la mudanza.

Contigo no aprendí a soñar, ni siquiera me enseñaste a respirar, pero contigo supe por fin, lo que era amar...

Desperté el día 28 de julio totalmente turbada. No sabía quién era, dónde estaba: España o Londres, si estaba sola o acompañada. Abrí los ojos y todo me sobrevino de golpe, como un alud de nieve barriendo los sueños de adolescencia que acababa de tener. Mi marido muerto en soledad por un cáncer, mi hija de acogida enviada de nuevo a un inhóspito centro, el amor de mi vida a miles de kilómetros a punto de casarse... Sola, abatida, desgarrada. No tenía ni la más puñetera idea de por dónde empezar. Cómo podía arreglar

esa calamidad de vida en la que se había transformado mi existencia.

Cerré los ojos de nuevo y pensé, y si... Quité esa idea de mi cabeza. Debía luchar por volver a estar junto a Carmen. Yo era todo lo que ella tenía, a su vez ella era mi verdadero consuelo. La piedra angular a la que agarrarme en esos momentos en los que mi vida hacía aguas y mi destino se iba a la deriva.

El recuerdo de mi hija me hizo recomponerme. Ya tendría tiempo de lloriquear mi desgracia durante el resto de mi vida. Salté de la cama para llamar al centro de acogida. Quería saber cómo había pasado la noche. Necesitaba verla para decirle que todo iba bien, aunque le estuviese mintiendo. Lucharía por ella hasta el final, con uñas y dientes. Las autoridades británicas no

sabían de lo que es capaz una mujer española por recuperar a su hija.

La chica que atendió mi llamada me dijo que podía concertar una cita a las 12 del mediodía con el director del centro. Sólo así podría ver a la niña, bajo la autorización y supervisión del centro.

¿Pensaban que la iba a secuestrar?

Por primera vez desde que había llegado me dirigí a mi oscuro dormitorio. Las cortinas debían estar echadas y las persianas bajadas. Miré de reojo y vi que mi maleta estaba tirada en la esquina de la entrada del piso. Debía haberla lanzado allí cuando entré. Continué caminando hasta mi habitación. Tanteé el mando que accionaba las persianas. Apreté el botón y las dóciles persianas del apartamento de lujo fueron subiendo lentamente. La luz fue iluminando el

familiar entorno donde había vivido los últimos años. Ahora me parecía un lugar más frío y aún más extraño. Un sitio al que no pertenecía.

Después del testamento y de recuperar a Carmen, pondría el lujoso apartamento en venta. No quería vivir allí más. Aquella jaula de oro me recordaba lo mísera que había sido al aceptar el chantaje emocional de mi madre. Yo también había tenido culpa, también era culpable de mi desdicha. A veces nos obcecamos en culpar al que tenemos más cerca. Tal vez esa persona nos empuje de forma involuntaria o consciente, pero nuestra es la decisión final de saltar o darnos la vuelta y continuar con aquello que hacíamos antes de tomar una fatídica determinación guiados por otros.

Entré de puntillas al baño anexo al dormitorio. Seguía escuchando el motorcillo de las persianas

subiendo. Abrí el grifo de la ducha. Lo dejé caer un buen rato mientras me miré en el espejo. Las ínfimas arrugas de expresión se habían transformado en delatores riachuelos de mi nueva situación: viuda. Mientras, el agua caliente, casi hirviendo, empezaba a caer sobre mi cabeza y mis hombros desnudos, purificando y limpiando mi alma a la vez que mi cuerpo.

Recordé el día en que quedé con Javier a solas, después de tantos años. Javier era ese tipo de persona de la que aunque te desvincules por bastante tiempo, nunca desaparece del todo, que espera latente como una pequeña llama lista para expandirse en tu corazón, ocupándolo todo.

Aquel día de Junio aparecí con unos shorts blancos y un top negro atado al cuello. El tiempo

había pasado por mí, pero en cierta manera se había resentido más mi ánimo y mi alegría que mi físico. Me miré al espejo y me dije que estaba radiante. Los tres días anteriores en la playa y la piscina con Carmen habían tostado mi piel que ya de por sí era morena, consiguiendo un color que delante del espejo se mostraba apetecible. Pensé que no estaba mal para reencontrarme con él. Decir que sentí mariposas en el estómago sería ocultar la realidad. Realmente sentía todo un enjambre de abejas revoloteando y picando en mi interior.

Sonó el claxon y vi por la ventana un Audi negro descapotable en la puerta. Llevaba unas gafas de sol *Ray Ban* tipo aviador, un polo blanco que resaltaba su bronceado y unas bermudas cortas color rosa palo. Bajé aprisa, pero sin

despeinarme, esperé un instante tras la puerta para no parecer demasiado interesada. Justo cuando salía, recordé aquella pulsera de nácar blanca que tanto gustaba a todos y que resaltaría mi color moreno. Carmen no estaba, se había ido a dormir con mi hermana y mis sobrinos la noche anterior. Así que tenía toda la mañana para mí sola y para babear delante de Javier.

Cerré con cuidado ya que la puerta era nueva y no debíamos darle muchos portazos. Había que cambiar algo de la cerradura. Subí los escalones y antes de que me divisara por el espejo retrovisor, allí estaba yo, apoyada en la puerta del copiloto.

—Buenas, ¿llevas mucho aquí? —pregunté como si no supiese cuando había llegado.

—Vaya, ¡guao! estás... ¡Increíble! ¿Dónde está la señora mayor inglesa de ayer? —preguntó para

chincharme como solía hacer en el pasado. Abrió el coche desde su asiento y me pareció que no había pasado un solo día sin estar a su lado.

Mientras me situaba en el asiento del copiloto, me percaté que escaneaba mis tostadas piernas.

—¡Dos besos! ¿no? —Preguntó pasmado.

Se aproximó a darme dos castos besos. Al fin y al cabo no nos habíamos saludado formalmente en trece años. Olvidé que en España somos mucho más besucones. Al aproximarse, me rodeó ligeramente con sus brazos y sentí su olor corporal característico de nuevo. Aquel que había querido evocar en tantas noches de soledad acompañada por Robert. Todos, y cuando digo todos me refiero a todos los vellos de mi piel, se erizaron. Quedé extasiada con aquellos dos besos lentos y pausados en mis mejillas. Sentí incluso como su

barba de un día rozaba mis pómulos, electrizando el ambiente. Javier se demoró al apartarse, parecía querer estar cerca de mí. Le miré a los ojos y descubrí ese brillo que desprendían como cuando éramos adolescentes y se acercaba a mí con el ímpetu de la temprana juventud. Tan solo nos habíamos rozado y ambos redescubrimos lo que ya sabíamos: seguía habiendo química entre nuestros cuerpos.

Desayunamos en el chiringuito que Javier había sugerido. La brisa del mar llegaba hasta nuestra mesa añadiendo un olor salado y excitante a nuestro reencuentro. La mayoría de las personas del chiringuito eran parejas que parecían acostumbradas al cotidiano placer de abandonar el ayuno junto a la persona con la que seguramente se habían levantado. Desgraciadamente ese no era el

caso. Los camareros le reconocieron en seguida y nos dieron la mesa más cercana a la orilla de la playa. Todo parecía idílico hasta que los mensajes de Whatsapp de su prometida empezaron a interrumpirnos a cada instante.

—Perdona, es Cristina, ya sabes... está histérica con la boda.

—Es normal, yo también lo estaría. ¿Cuándo os casáis?

—El día 23 de agosto, en la iglesia de San Francisco. —Anunció tecleando un Whatsapp para Cristina.

—Pues mucho me temo que te esperan casi dos meses de histeria...

—Eso parece. —dijo acercándose un poco más.

El camarero llegó con los cafés y los panecillos. Había echado de menos la peculiar manera de pedir cafés en Málaga y esos bollitos de pan con jamón cocido, mantequilla y queso

—Pero... cuéntame qué ha sido de tu vida, desapareciste sin dejar rastro... —preguntó sin vacilar.

Quise replicarle. Decirle que le llamé un centenar de veces, que incluso desde Inglaterra traté de localizarle y pedirle que me sacara de esa locura en la que mi madre y Robert me habían embarcado. Que él también desapareció desentendiéndose de mí. Habían pasado algo más de trece años, ahora era momento de volver a ser amigos, no era tiempo de reproches. Por lo menos había vuelto a verlo y ahora estábamos juntos. Tantas noches había escuchado su voz en sueños...

Había recordado nuestra primera vez, había vuelto a sentir sus caricias inexpertas por todo mi cuerpo... Cada vez que había escuchado su nombre en las noticias o por algún casual en boca de algún turista español por Londres, había sentido el vértigo de una montaña rusa y la tristeza de no poder volver a verlo. Ni siquiera había conservado una fotografía. Reconozco que busqué en una ocasión en *Google* su *Facebook* pero estaba bloqueado para desconocidos y como fotografía de usuario tenía una paradisíaca foto de una playa caribeña.

Contemplé sus ojos más verdes e intensos al estar cerca del mar. Quise pensar que el enigmático color se debía a mi compañía, pero seguramente sería el mar Mediterráneo el que provocaría ese efecto de mil destellos diferentes

en tonalidades verdes que reflejaban esas dos profundas esmeraldas. Sus pobladas cejas oscuras y esas pestañas rizadas hacia el cielo enmarcaban el más perfecto rostro masculino que pudiese iluminar el corazón de una mujer.

—Verás... —no sabía cómo empezar, así que me salté lo más crudo: los meses después de marcharme—. Me fui a Inglaterra para mejorar el idioma. Robert, mi marido, veraneaba en casa de unos vecinos y me ofreció la posibilidad de trabajar en casa de unos amigos suyos como *Au pair*. Así que al ver que tú te habías marchado de vacaciones... y no respondías a mis llamadas, decidí marcharme medio enojada —miré hacia abajo al escucharlo, parecía sentirse culpable en parte. Aunque realmente yo era la única responsable del drama de mi vida—. Pensé que

unas semanas allí me ayudarían a mejorar el inglés y ahorrar algunas libras para cuando volviese a estudiar en septiembre. El verano pasó y... no me decidí a volver. Decidí tomarme un año sabático cogiendo soltura con el idioma y cierta experiencia laboral, como seguía sin saber de ti... En Inglaterra me concedieron una beca de estudios para estudiar magisterio de Educación Infantil, así que no pude rechazar la oferta. Estudios gratis y trabajo asegurado, aquello era una bicoca.

Quise volver a repetirle cuántas veces le había llamado, incluso desde el Reino Unido, pero seguía con su mirada perdida en el horizonte. Los ojos parecían empañársele de emoción al escucharme. Se puso las gafas de sol aludiendo al sol que estaba empezando a rodear la cala donde estábamos desayunando, invadiéndolo todo,

coloreando nuestros corazones, por primera vez juntos después de tantos años.

—Robert era al único que conocía allí y fue muy amable conmigo. No fue amor a primera vista, por supuesto, pero... una cosa llevó a la otra y...

—Te casaste —añadió.

—Me casé al cabo de un tiempo —le mentí— no quería admitirle que me casé forzada por mi madre, y que me tuve que marcharme porque no teníamos un duro y que todo el dinero de la beca se lo había gastado en saldar deudas. Me había amenazado con echarme de casa, y yo no quería ser una carga para nadie, menos para él. Javier tenía toda la vida por delante y yo no podía ser un lastre. Tal vez me sacrificué, pero su silencio de entonces me llenó de dudas, haciéndome ver que pudiera ser que aquel amor que yo sentía no era

correspondido por igual.

Ahora pensaba que tal vez había sido muy cobarde al no querer poner a prueba su amor. Quizás lo hubiese dejado todo por mí, o no... Entonces, ¿qué habría hecho yo...? Habría llorado desconsolada su falta de compromiso y su inmadurez. Yo no quería que sacrificase su vida por los dos, ya lo hice yo por él. Algunos lo llamarían prueba de amor, yo lo llamo cobardía. Ahora al ver que todo le iba tan bien... me alegraba de mi decisión, aunque en gran parte deseaba que la compañera de esas alegrías fuese yo.

—No pudimos tener hijos, mi marido...—me apresuré a decir, como para que no creyese que yo... Bueno para que... no sintiese tanta lástima de mí.

—Entiendo. Está claro, deduje que Carmen es adoptada...

—No eres muy ingenioso, ya que Carmen es mulata —dije tratando de picarlo—
lamentablemente Carmen no es hija nuestra todavía. Está con nosotros en régimen de acogida. Llevamos un año con ella, pero todavía no es definitivo. Espero que pronto esté para siempre conmigo. Es una niña despierta, lista y encantadora. La pobrecita ha sufrido mucho de unos brazos a otros. Sus padres murieron en un accidente y nadie se hizo cargo de ella, sus familiares eran de una isla caribeña perdida, así que creo que ni los localizaron.

—Pobre chiquilla, ha tenido suerte de encontrarte, siempre fuiste muy dulce con los niños... y los mayores... —sonrió y le dio un

sorbo a su café.

Me sonrojé como una niña al escuchar el cumplido. Cogí la taza de café para tapar parte de mi rostro.

—Háblame de ti, Javier. ¿Estudiaste?

—Sí. Estudié Ingeniería en Granada. Al final... ya sabes, aquella universidad era mejor, había más ambiente estudiantil y... eso me llevó a terminar la carrera en seis años más uno para el proyecto.

—Vamos, que te lo pasaste en grande. —añadí derritiéndome al contemplar esa sonrisa de dientes blancos y perfectos.

Esos labios mojados de café que se relamió para borrar cualquier rastro del café eran... un pecado a escasos centímetros de mi boca. Yo siempre me he considerado una mujer de

principios, y jamás en tantos años de matrimonio había tenido un desliz o un pensamiento impuro con otro hombre. Pero Javier era diferente. Ese hercúleo dios griego frente a mí estaba poniendo a prueba mi coraza de esposa fiel. En varias ocasiones deseé agarrarlo por detrás de la nuca, enrollar mi mano en su recio pelo moreno y atraer su boca hacia la mía. Después, besarlo muy, muy lentamente hasta que nuestras lenguas se fundieran en una, nuestras bocas se secasen de tanto buscarse y me rogase separarse para poder respirar. Yo también me puse las gafas para poder contemplarlo con mayor detalle y libertad. Lo había vuelto a sorprender mirando mis piernas tras las lentes de sus gafas de aviador.

—Pues sí. Lo pasé bien. Al cabo de unos meses tras terminar la carrera empecé a trabajar en una

empresa de construcción de Granada. Después, abrimos una sucursal en Málaga. Cristina, la hija de mi jefe, y yo nos trasladamos aquí. Al principio hemos vivido en un pisito de mi suegro, pero ahora que las cosas no nos van mal pese a la crisis, nos hemos metido en la fabulosa casa que está junto a la tuya. Por cierto, qué casualidad ¿no?

—¡Y que lo digas...! El mundo cada vez es más pequeño, más globalizado, a veces me da miedo pararme a pensarlo.

—Cuando conocí a tu marido y me habló de ti... pensé que cuando llegase su esposa se trataría de una inglesa de cincuenta y tantos, de esas horteras y piel blanca que se pasaría el día tratando de tostarse al sol como una gamba. Cuando te vi ayer, te prometo que casi me da algo. No podía creerlo.

—¿Tanto he cambiado...? Hubo un tiempo en

que te parecía interesante. —Añadí consciente que acababa de cruzar una peligrosa línea roja. Él, extrañado, me miró fijamente bastante sorprendido por mi repentino jueguito.

—Perdona, pero con 18 años estabas hecha un bombón —dijo para picarme, entrando al trapo.

—¿Quieres decir que ahora no? Vale, vale, no intentes arreglarlo.

—No, quiero decir que...

—No te preocupes, Cristina es una chica de bandera y... mucho más joven...

No sabía a cuento de qué venía esa pérdida de papeles, debía disimular o descubriría que me seguía atrayendo locamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, eso, más fácil de manejar, ¿no?

Se quitó las gafas y entrecerró los ojos de la misma manera que hacía cuando se quedaba sin argumentos y sabía que le había dejado KO.

Terminamos el desayuno, y nos montamos en el Audi con rumbo a Málaga, ansié que esa mañana de compras no terminase nunca. Cuando daba la vuelta al coche, tras cerrar mi puerta, le vi apagar su *iphone* con disimulo. Era todo un caballero pero a la porra con su prometida. Parecía que no quería que nadie nos interrumpiese. Yo aproveché y lo puse en vibrador, por si mi hermana me llamaba por algo relacionado con Carmen.

Mientras conducía por la autovía y gritaba para que yo le escuchara acerca de las cualidades de un aire acondicionado u otro, apoyé mi brazo en la esquina superior de su asiento. Él al ver mi cercanía, no se inmutó, parecía complacido. Su

ego se elevó y en un par de ocasiones dejó la mano en el cambio de marchas rozando mi desnudo muslo al viento, por debajo de los shorts.

¿Qué significaba eso? ¿Estábamos tonteando? Tal vez era yo que me imaginaba cosas después de encontrarme con él cuando jamás pensé que volvería a verlo. Su rostro no había cambiado apenas a pesar de los años. No había olvidado nada de los rasgos característicos de su cara, ni de su cuerpo... esa pequeña cicatriz en el bajo vientre vino a mi memoria al mirarle el torso. De pequeño le habían operado de una hernia justo encima de donde acaban los abdominales inferiores y comenzaba lo prohibido de su masculinidad. Me abandoné a recordar aquellos momentos íntimos, gracias a que el aire que entraba por todas partes en el descapotable no

pudo percatarse del rubor que mis mejillas experimentaron. La brisa me ayudaría a refrescar los ánimos hasta que llegásemos.

No soy tan buena, no soy tan perfecta, solo que contigo a mi lado, siempre trato de ser la mejor mitad de mí.

Salí de la ducha no sé cuánto tiempo después de haber entrado. Encontré mi suave albornoz y me enfundé en él para salir del baño. La sensación suave, y el olor familiar me reconfortaron. El teléfono tenía mil mensajes, los borré todos. No quería, ni podía devolver llamadas para narrar cómo había sido el entierro u otros detalles escabrosos. Aquel que quisiese de veras hablar conmigo lo volvería a intentar, aquellos que sólo hubiesen llamado por compromiso... no lo

volverían a hacer pues ya habrían cumplido.

Reconocí los ahora extraños aunque familiares rincones de mi dormitorio. Toda la ropa en el armario de Robert esperaría de momento allí colocada, debía donarla a la beneficencia o algo. Esperaría hasta el testamento por si quisiese que lo entregase a alguna ONG determinada. Abrí mi armario. Las prendas de invierno me daban la bienvenida. Me había llevado todo lo alegre y de colores vivos a la casa de la costa, pensaba dejarla allí para siempre. No me imaginaba con esa ropa en el clima de Londres. Finales de julio y necesitaría una rebequita, con suerte jamás volvería a sentir esa incómoda sensación de coger tres prendas de vestir diferentes “por si”.

Miré por el ventanal cómo el enojado cielo gris comenzaba a salpicar los edificios de gotitas

demasiado efímeras como para calar en la pared de los altos edificios de la city. Nublado y chispeando, vaya novedad. Recordé cómo el sol me había picado en la nuca y los hombros durante el paseo en el cabrio de Javier. Qué diferencia. Caí en la cuenta de que me había vuelto a marchar precipitadamente sin despedirme debido al fallecimiento de Robert. A pesar de que él me había rogado que no volviese a hacerlo... Volvió a repetirse la ironía de nuestras vidas.

Contemplando mi ropa descubrí que casi toda era en tonos grises, marrones o negros. Demasiado sombría y plomiza para una mujer de treinta y poco, pero perfecta para una viuda que era en lo que me había convertido. Había estado vistiendo como tal sin serlo. A veces el subconsciente nos juega malas pasadas.

¿Tan amargada había vivido...?

Entonces lo vi, a través del espejo interior del armario ropero. Vi un objeto blanco sobre la cama. Me giré rápidamente y descubrí que alguien había dejado un sobre allí a propósito, para ser descubierto nada más entrar en la habitación. Cómo no me había percatado de él al adentrarme en mi dormitorio. Seguramente habría sido la botella de *Bombay* y mi cansancio lo que me habrían impedido verla. Me acerqué hasta el sobre. Estaba cerrado. Le di la vuelta y comprobé que era la letra de Robert y que estaba dirigida a mí. La habitación me dio vueltas, tuve que apoyarme en el borde de la cama por miedo a desmayarme.

¿Una carta de despedida...?

El sobre era de buena calidad. Comprobé su

grosor al abrirla. Despacio, con cierto miedo a lo que me pudiese encontrar, fui sacando el papel.

¿Por qué no había querido contarme lo de su enfermedad? ¿No confiaba en mí? ¿No me quería? ¿No creía que fuese a estar a su lado en un momento tan nefasto como ese?

Mil preguntas de reproche se agolpaban en mi cabeza mientras el papel blanquecino salía del sobre. Desdoblé las hojas con delicadeza, como si estuviese tratando con una reliquia, al menos había ocho páginas manuscritas. Parecía un relato en vez de una breve epístola despidiéndose o aclarando los motivos por qué me había mantenido oculta su enfermedad, que era lo que había esperado al abrir la carta.

Buenas amor,

Sara, ante todo no me odies. Te conozco y sé

que no me perdonarás que te haya mantenido oculta mi enfermedad. No ha sido culpa tuya, sé que me habrías apoyado hasta el final. Pero no quería que un ser tan bueno como tú sufriese esta angustia con corta fecha de caducidad. Gracias a Dios he tenido tiempo de arreglarlo todo para vosotras, solo le pedí eso al cielo dondequiera que se encuentre. Le pedí que me diese tiempo suficiente para enmendar la vida que te robé.

Las primeras lágrimas corrieron por mis mejillas sin permiso abriéndose camino hacia el papel. Tuve que agacharme y rebuscar unos pañuelos en un cajón de la mesita de noche. Había pasado por todo aquello solo por no hacerme sufrir, él era quien se estaba muriendo y se preocupó por mí hasta el último resuello.

Te preguntarás desde cuando sé que tenía

cáncer, y no cualquier cáncer, uno de los peores. Fue las pasadas Navidades, nuestras primeras navidades con la niña. Las primeras navidades en 12 años que te he visto feliz. No podía estropear eso. Ni Carmen, ni tú os merecáis unas Navidades tan tristes.

Llevaba encontrándome en el trabajo bastante mal durante un par de semanas antes de Navidad. Era algo raro, distinto. Parecía fatiga o estrés, pero algo dentro de mí me decía que esta vez era algo serio. Un compañero me acompañó al hospital una mañana que sufrí un vahído cuando hablaba por teléfono. Cuando llegó me encontró tirado en el suelo. Al regresar del baño había escupido un poco de sangre y me asusté. Los resultados de la analítica llegaron a la semana. El médico me había dicho que no me preocupara,

que la sangre podía deberse al esfuerzo al vomitar, pero que debíamos descartar otra cosa más grave. Al cabo de un par de días, el propio doctor me llamó al trabajo y me dijo que fuese a verlo con urgencia. Le dije que estaba trabajando y él me respondió que lo dejase todo, se trataba de mi salud, algo mucho más importante.

Corrí en taxi hasta el hospital. Su llamada me había asustado. Pensé en llamarte, pero luego recordé que la semana siguiente era Navidad, y no quería amargaros las fiestas con una operación o algo por el estilo. Al recibirme en su consulta, su semblante era muy serio, parecía dar rodeos, hasta que le pedí que me contase la verdad. Me dijo sin más preámbulos que tenía cáncer y me quedaban dos meses de vida, a lo

sumo. No pude creer lo que ese hombre me decía, iba a morirme y yo no podía hacer nada por evitarlo... Yo que lo tenía todo, yo que era buena persona, yo que estaba empezando a disfrutar de la vida y recogía los frutos del duro trabajo, con una familia estupenda. Lloré desconsoladamente por pura impotencia delante de otro hombre, jamás había hecho eso en mi vida, ni siquiera en el entierro de mi padre, sabes que no soy muy emotivo.

Sonreí para mí.

Entonces reaccioné práctico como suelo hacer tras analizar las variables y posibles soluciones. En vez de perder el tiempo en un segundo diagnóstico, decidí hacer lo imposible por pasar más tiempo con vosotras y arreglarlo todo para cuando yo no estuviera. Le pedí, le supliqué que

me prescribiese cualquier tratamiento efectivo, aunque fuese experimental, pero que alargase un poco más mis días de vida. No podía dejaros desamparadas. Tras pensarlo un buen rato descolgó el teléfono al ver que permanecía impassible frente a él en su consulta. Finalmente me aseguró que me incluirían en un programa de un grupo de fármacos que alargaban la esperanza de vida un poco más, un mes más tal vez, pero que era muy agresivo, prácticamente me haría sufrir más que el propio cáncer. Le supliqué que me incluyese. Un mes no es nada para quien tiene salud y piensa que vivirá eternamente. Cuántas veces lo había malgastado yo, esperando la siguiente nómina... En aquel momento pensé que me iba a morir en dos meses, así que entrar en ese programa supondría

aumentar mi esperanza de vida bastante.

Finalmente me incluyó y he durado el doble ya: seis meses.

Pobre Robert —pensé. Llorando a lágrima viva comprendí que me había dado la lección de nobleza más grande de mi vida, ante eso no podía estar enfadada, jamás. Antes que pensar en él mismo había pensado en nosotras. Ahora estaba rabiosa conmigo por no haberme dado cuenta de su estado y de la bueno que había sido.

Al comienzo de mi tratamiento tuve que empezar a maquillarme un poco para que no notaseis nada. Un día, rebuscando entre tus cajones de las pinturas, cayó en mis manos un librito azul por accidente: tu diario. Sabía que tenías uno. Jamás osé abrirlo o leerlo mientras estuve sano, me daba mucha grima y vergüenza.

Pero en mi obstinación por hacerte feliz cuando ya no estuviese contigo, me aventuré a leerlo. Te pido perdón por ello. Pero gracias al diario comprobé la terrible añoranza que tenías de tu tierra: España. Así que decidí vender unas tierras al Norte de Londres y comprarte una casa en propiedad solo para ti, para cuando yo no estuviese. Así podrías regresar a tu tierra de donde yo jamás debí haberte arrancado.

Me mordí el labio angustiada. Sabía que si había leído el diario, habría descubierto mis sentimientos más íntimos.

El recuerdo por tu tierra se repetía durante todos los años: su olor, el sabor de sus comidas, hasta el aire cálido de tu tierra andaluza y salvaje. Pero también descubrí algo que yo ya sospechaba... no le habías olvidado. Jamás

olvidaste a tu primer y único amor: Javier, al que incluso en alguna ocasión llamabas en sueños.

Cuando ya me hube topado más de doscientas veces con su nombre en el diario, desistí de seguir leyendo. Ahora sé que jamás debí participar en aquel complot para separaros. Las almas gemelas seguirán amándose siempre, pase lo que pase, tarde o temprano acabarán reuniéndose. Si en cambio no lo hacen nunca, estarán condenadas a añorarse durante toda la eternidad. Espero que me concedas tu perdón porque eso es lo único que anhelo en estos momentos.

El teléfono móvil sonó, corrí a su encuentro, afectada por las confesiones epistolares de mi marido. Respondí al teléfono algo acelerada a causa de la carta, pero sobre todo porque descubrí

que el número que llamaba era el del centro de acogida.

—Hola mami, ¿Qué tal?—voceó una personita alegre y pizpireta.

—¡Hola mi vida! —exclamé a punto de llorar con solo oírla. Tragué saliva y me obligué a ser fuerte. Necesitaba abrazarla y contarle lo buen hombre que había sido su padre, todo lo que nos había querido, pero que ya no estaba aquí junto a nosotras.

—Mami, no llores, he estado muy bien. Estaba Lucy, era amiga mía del albergue —así lo llamaba ella—. Ha cuidado de mí muy bien. Espera, que quieren hablar contigo...

Escuché expectante cómo el teléfono pasaba a manos de otra persona. Tantas cosas que le hubiese preguntado a Carmen...

—Buenas, señora Scott, le informo que le corresponde una hora con el director y que durante la misma podrá ver a Carmen. Deberán estar acompañadas en todo momento. ¿Podría venir al centro ahora?

Antes de que terminase la pregunta ya estaba embutiéndome en mis pantalones grises de algodón, me puse una blusa bastante sobria y una elegante chaqueta negra. Corrí hacia el ascensor recogiendo mi pelo en una cola mientras bajaba las veintitantas plantas hasta llegar a la planta baja del edificio. Estaba pletórica, me sentí impelida por poder ir a ver a mi hija.

Debía luchar por ella, la carta podía esperar... De hecho, había estado tantos meses sin saber nada moviéndome a ciegas por los pasadizos que mi marido había querido ocultarme, que un poco

más no importaría.

¡Hasta aquí el Adelanto!

Si te gustó el comienzo de la novela, ¡no puedes perderte el resto! Ahora empieza lo más emocionante del libro.

Encuentra las respuestas a estas y otras incógnitas en la versión completa del libro.

Enlace:

<http://www.amazon.es/Cuando-ya-te-hab%C3%ADas-ido-ebook/dp/B00N1YQ28Q>

Un millón de GRACIAS.

Agradecería una reseña y tu votación sincera de lo que has leído hasta ahora en Amazon comprendiendo que lo que hasta ahora has leído es un regalo de un humilde autor a sus lectores.

Descarga el libro y disfrutarás de una lectura apasionante que hará que no puedas despegarte de sus páginas, una historia del primer amor, que solo a veces, nos da otra oportunidad.

Agradezco tu tiempo y espero que te haya gustado lo que has leído.

Si quieres saber más sobre mí, puedes seguirme en Twitter: @rafaelalcolea

o mi página web:

www.abanicodelibros.wix.com/rafaelalcolea



Otras de mis obras son:



Gracias por dejarte seducir por las historias
de mis libros...

Rafael Alcolea Harold